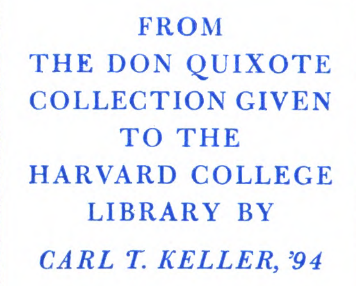




FROM
THE DON QUIXOTE
COLLECTION GIVEN
TO THE
HARVARD COLLEGE
LIBRARY BY

CARL T. KELLER, '94

EL LIBRO de
CARL TILDEN KELLER

T.W.N. · 1937



VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

TOMO IV.

VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

TOMO IV.

VIDA Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

COMPUESTA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION:

Repartida en quatro Tomos en octavo para la mayor ccmodidad.

TOMO IV.

DEDICADO AL MISMO D. QUIXOTE.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID: POR LA VIUDA DE BARCO LOPEZ.

Año de 1808.

VIDA Y HECHOS
DEL INGENIOSO HIDALGO
D. QUIXOTE DE LA MANCHA.
PARTE SEGUNDA.
CAPÍTULO XLI.

De la venida de clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche y con ella el punto determinado en que el famoso caballo clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á Don Quixote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla; pero veis aqui quando á deshora entraron por el jardin quatro salvages vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera: pusiéronle de pies en el suelo, y uno de los salvages dixo: suba sobre esta máquina el que tuviere ánimo para ello. Aqui, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo ni soy ca-

ballero; y el salvage prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malicia será ofendido; y no hay mas que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los ayres adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viage. Esto dicho, dexando á Clavileño con gentil continente, se volvieron por donde habian venido. La Dolorida asi como vió al caballo, casi con lágrimas dixo á D. Quixote: Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo de ellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en mas sino en que subas en él con tu escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage. Eso haré yo, señora Condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cojin, ni calzarme espuelas por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dixo Sancho, ni de malo ni de buen talante en ninguna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escu-

dero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy bruxo para gustar de andar por los ayres. Y qué dirán mis insulanos quando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa mas, que habiendo tres mil y tantas leguas de aqui á Candaya, si el caballo se cansa, ó el gigante se enoja, tardaremos en darla vuelta media docena de años, y ya ni habrá Insula ni ínsulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que quando te dieren la baquilla, acudas con la soguilla, perdónenme las barbas de estas señoras, que bien se está S. Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raices tiene tan hondas echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabeis que se yo que no hay ningun género de oficio de estos de mayor cantía que no se grangee con alguna suerte de coecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es, que vais con vuestro señor D. Quixote á dar cima y cabo á esta memorable aventura, que ahora volvais sobre clavileño con la brevedad que su ligereza promete, aho-

ra la contraria fortuna os traiga y vuelva á pie hecho romero, de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra Insula donde la dexais, y á vuestros insulanos con el mesmo deseo de recibiros por su Gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. No mas, Señor, dixo Sancho, yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar acuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si quando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios ó á quien quisiéredes, que Malambruno aunque es encantador es christiano, y hace sus encantamientos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Ea pues, dixo Sancho, Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dixo D. Quixote, nunca he visto á Sancho con tanto temor como ahora: y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo; pero llegaos aqui, Sancho, que con licencia de estos señores os quiero hablar aparte dos palabras, y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos, le dixo:

Ya ves, Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando volverémos de él, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y asi querria que ahora te retirases en tu aposento como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, qué v. md. debe de ser menguado; esto es como aquello que dicen, en priesa me ves, y doncellez me demandas: ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere v. md. que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene v. md. razon; vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á v. md. como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que v. md. se contente; y no le digo mas. Y D. Quixote respondió: Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efeto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho, pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra: y con esto se volvieron á subir en clavileño; y al subir dixo D. Quixote: Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñas tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que

le puede redundar de engañar á quien de él se fia: y puesto que todo sucediese al reves de lo que imagino, la gloria de haber emprehendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna. Vamos, señor, dixo Sancho, que las barbas y lágrimas de estas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba v. md., y tápese primero, que si tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Asi es verdad, replicó D. Quixote; y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto, se volvió á descubrir, y dixo: Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron á la diosa Palas, el qual iba preñado de caballeros armados, que despues fueron la total ruina de Troya; y asi será bien ver primero lo que clavileño trae en su estómago. No hay para qué, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: v. md., señor D. Quixote, suba sin pavor alguno, y á mi daño, si alguno le sucediere. Parecióle á D. Quixote que qualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, sería poner en detrimento su valentia; y asi sin mas altercar subió sobre clavileño, y le tentó la clavija que fácilmente se rodeaba;

y como no tenia estrivos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco, pintada ó texida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas; y pidió al Duque que si fuese posible le acomodasen de algun cogin ú de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la Duquesa, ú del lecho de algun page, porque las ancas de aquel caballo mas parecian de mármol que de leño. A esto dixo la Trifaldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mugeriegas, y que asi no sentiria tanto la dureza. Hízolo asi Sancho, y diciendo A Dios, se dexó vendar los ojos, y ya despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin, tiernamente y con lágrimas, dixo que le ayudasen en aquel trance con sendos Pater nostes y sendas Ave Marías, porque Dios deparase quien por ellos los dixese quando en semejantes trances se viesen. A lo que dixo D. Quixote: Ladron, estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida para usar de semejantes plegarias? No estás, desalmada y cobarde criatura en el mesmo lugar que ocupó la linda Magalona, del qual descendió no á la sepultura, sino á ser Reyna de Francia, si no mienten las his-

torias? Y yo que voy á tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo menos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios, ni que sea encomendado, qué mucho que tema no ande por aqui alguna legion de diablos, que den con nosotros en peralvillo? Cubriéronse; y sintiendo D. Quixote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las dueñas y quantos estaban presentes levantaron las voces, diciendo: Dios te guie, valeroso caballero; Dios sea contigo, escudero intrépido; ya, ya vais por esos ayres, rompiéndolos con mas velocidad que una saeta; ya comenzais á suspender y admirar á quantos desde la tierra os estan mirando. Tente valeroso Sancho que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dixo: Señor, cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que estan aqui hablando junto á nosotros? No repares en eso Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás

lo que quisieres; y no me aprietes tanto que me derribas; y en verdad que no sé de que te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida he subido en cabalgadura de paso mas llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efeto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. Así es la verdad, respondió Sancho; que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles me estan soplando; y así era ello que unos grandes fuelles le estaban haciendo ayre. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el Duque, la Duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dexase de hacer perfeta. Sintiéndose pues soplar D. Quixote, dixo: Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que de esta manera vamos subiendo, presto darémos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto, con unas estopas, ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les escalentaban los rostros. Sancho que sintió el calor, dixo: que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego, ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha

chamuscado; y estoy, señor, por descubrirme, y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quixote, y acuérdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el ayre caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso, asalto y muerte de Borbon, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que habia visto; el qual asimismo dixo, que quando iba por el ayre le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca á su parecer del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: asi que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas, y subiendo en alto, para dexarnos caer de una sobre el reyno de Candaya, como hace el sacre ó neblí sobre la garza para cogerla por mas que se remónte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir, que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó de estas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el Duque y la Duquesa y los

del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola del clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los ayres con extraño ruido, y dió con D. Quixote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quixote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció mas su admiracion quando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente de ella y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el qual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

El ínclito Caballero D. Quixote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida y compañía, con solo intentarla.

Malambruno se da por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas; y los reyes D. Clavijo y Antonomasia en su pristino estado; y quando se cumpliere el escuderil vápulo, la blan-

ca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Habiendo pues D. Quixote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada téz los rostros de las venerables dueñas que ya no parecian, se fué adonde el Duque y la Duquesa aun no habian vuelto en sí; y trabando de la mano al Duque, le dixo: Ea, buen señor, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á D. Quixote, diciéndole ser el mas buen Caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda

disposicion prometia, pero dixéronle, que asi como clavileño baxó ardiendo por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las dueñas con la Trifaldi habia desparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho, qué cómo le habia ido en aquel largo viage? A lo qual respondió Sancho: Yo, señora, sentí que ibamos, segun mi señor me dixo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo (á quien pedí licencia para descubrirme) no lo consintió; mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba y impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto quanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por alli miré ácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea quán altos debiamos de ir entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no visteis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Asi es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no

se ve el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será bien que vuestra señoría entienda que pues volamos por encantamento, por encantamento podia yo ver toda la tierra y todos los hombres por do quiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuestra merced como descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande ademas; y sucedió que ibamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima, que como yo en mi niñéz fuí en mi tierra cabrerizo, que asi como las ví me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, qué hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelíes y como unas flores, casi tres quartos de hora, y clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, en qué se entretenia el señor D. Quixote? A lo que D. Quixote respondió: Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí sé decir que ni me descubrí por alto ni por baxo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar

ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del ayre, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de alli no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del ayre, no podiamos llegar al cielo donde estan las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos; y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, si no pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dixo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dixo Sancho, sí, que diferencia ha de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el Duque, visteis allá entre esas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de quanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, este fué el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reir á los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y

que contar á Sancho siglos, si los viviera. Y llegándose D. Quixote á Sancho al oido, le dixo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos; y no os digo mas.

CAPÍTULO XLII.

De los consejos que dió D. Quixote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenian para que se tuviesen por veras; y asi, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Insula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de clavileño, dixo el Duque á Sancho, que se aliñase y compusiese para ir á ser Gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dixo: Despues que baxé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser Gobernador; porque qué grandeza es mandar en un grano de mostaza?

ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia mas en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese mas de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á solo Dios estan reservadas esas mercedes y gracias. Lo que puedo dar os doy, que es una Insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobre manera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña, podeis con las riquezas de la tierra grangear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa Insula, que yo pugnaré por ser tal Gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser Gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dixo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro, que quando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda (segun van encaminadas sus cosas), que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dexado de serlo. Señor, replicó Sancho Panza, yo imagi-

no que es bueno mandar, aunque sea á un ato de ganado. Con vos me entierren, Sancho Panza, que sabeis de todo, respondió el Duque; y yo espero que sereis tal Gobernador como vuestro juicio promete; y quédese esto aqui; y advertid que mañana en ese mesmo dia habeis de ir al gobierno de la Insula, y esta tarde os acomodarán del trage conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido, seré Sancho Panza. Asi es verdad, dixo el Duque; pero los trages se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos Sancho, ireis vestido parte de letrado y parte de capitan; porque en la Insula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo; porque aun no sé el A. B. C.; pero bástame tener el Christus en la memoria para ser buen Gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quixote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fué con él á su estancia, con intencion de aconsejarle cómo se habia de

haber en su oficio. Entrados pues en su aposento, cerró tras sí la puerta, y hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á ti á recebir y á encontrar la buena ventura: yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te ves premiado de tus deseos. Otros coechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aqui entra y encaxa bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la Andante Caballería, sin mas ni mas te ves Gobernador de una Insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, ó Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo que dispone suavemente las cosas, y despues las darás á la grandeza que en sí encierra la profesion de la Caballería Andante. Dispuesto pues el corazon á creer lo que te he dicho, está, ó hijo, atento

á este tu Caton que quiere aconsejarte, y ser norte y guia que te encamine y saque á seguro puerto de este mar proceloso donde vas á engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, ó hijo, has de temer á Dios; porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á ti mismo, que es el mas dificil conocimiento que puede imaginarse: del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Asi es la verdad, respondió Sancho, pero fué quando muchacho; y despues algo hombrecillo gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Asi es verdad, replicó D. Quixote, por lo qual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia, los libre de la murmuracion maliciosa, de que no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linage, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres,

ninguno se pondrá á correrte; y préciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baxa estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia, é imperatoria; y de esta verdad te pudiera traer tantos exemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que los tienen príncipes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

Siendo esto asi, como lo es, si acaso viniere á verte quando estés en tu Insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si truxeres á tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo esten sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza; porque todo lo que suele adquirir un Gobernador discreto, suele perder y derramar una muger rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que de todo aquello que

la muger del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compasion las lágrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Quando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delinqüente, que no es mejor la fama del juez rigoroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y pónlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hicieres, las mas veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna muger hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la

substancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu jurisdiccion, considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo quanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente; porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, mas resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII.

De los consejos segundos que dió D. Quixote á Sancho Panza.

Quién oyera el pasado razonamiento de D. Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada? Pero como muchas veces en el progreso de esta grande historia queda dicho, solamente disparaba en tocándole en la Caballería, y en los demas discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera, que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta de estos segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donayre, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguió pues D. Quixote, y dixo:

En lo que toca á cómo has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les ha dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se

dexan de cortar fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartígero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y floxo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado, si ya la descompostura y floxedad no cae debaxo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio; y si sufriere que dés librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres; quiero decir, que si has de vestir seis pages, viste tres, y otros tres pobres, y asi tendrás pages para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio y habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Se templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dixo Sancho, y D. Quixote le dixo: Erutar, Sancho, quiere decir regoldar;

y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo; y asi la gente curiosa se ha acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regueldos erutaciones, y quando algunos no entiendan estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entienden; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. En verdad, señor, dixo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo D. Quixote. Erutar diré de aqui en adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

Tambien Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé mas refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca quando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua vá arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aqui adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaa no baraja, y á buen salvo está el que repica,

y el dar y el tener seso ha menester. Eso sí, Sancho, dixo D. Quixote, encaxa, ensarta y enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígueme mi madre, y yo trompogelas; estóyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aqui una letanía de ellos, que asi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á troche moche, hace la plática desmayada y baxa.

Quando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo; ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vas sobre el rucio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, y á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia; y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamas llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo, que no te será de menos provecho que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamas te pongas á disputar de linages, á lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan uno ha de ser

el mejor; y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco mas largo, greguescos ni por pienso, que no les está bien, ni á los caballeros, ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte, andará el tiempo, y segun las ocasiones, asi serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo quanto v. md. me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero de qué han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin; pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará mas de ellos que de las nubes de antaño, y será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que me los encaxe y recapacite quando fuere menester. Ah pecador de mí, respondió D. Quixote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir! porque has de saber, ó Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas, ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y baxos, ó él tan travieso y malo, que no pudo

entrar en él el buen uso ni la buena dotrina. Gran falta es la que llevas contigo, y asi querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho, que quando fui prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre; quanto mas, que fingiré que tengo tollida la mano derecha; y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere; quanto mas que el que tiene el padre alcalde, y siendo yo Gobernador, que es mas que ser alcalde, llegaos que la dexan ver, no sino popen y calóñenme, que vendrán por lana, y volverán trasquilados: y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe; y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, siendo Gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca. No sino haceos de miel, y paparos han moscas; tanto vales, quanto tienes, decia una mi agüela; y del hombre arraygado, no te verás vengado. O maldito seas de Dios, Sancho, dixo á esta sazon D. Quixote, sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes, una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia á la horca, por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos,

ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime, dónde los hallas, ignorante? O cómo los aplicas, mentecato? Que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que v. md. se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo ni otro caudal alguno sino refranes y mas refranes; y ahora se me ofrecen quatro que venian aqui pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dixo D. Quixote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber qué quatro refranes te ocurrian ahora á la memoria que venian aqui á propósito? que yo ando recorriendo la mia que la tengo buena, y ninguno se me ofrece? Qué mejores, dixo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares? Y á idos de mi casa, y qué quereis con mi muger, no hay responder. Y si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro: todos los quales vienen á pelo. Que nadie se tome con su Gobernador, ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, (y aunque no sean cordales, como sea muelas, no importa) y á lo que dixere el Gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa, y qué que-

reis con mi muger: pues lo de la piedra en el cántaro, un ciego lo verá. Asi que, es menester que el que ve la mota en el ojo ageno, vea la viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada; y v. md. sabe bien que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Eso no, Sancho, respondió D. Quixote, que el necio en su casa ni en la agena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dexemos esto aqui, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza: mas consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible; con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa: Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la Insula patas arriba: cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quien eres; diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicó Sancho, si á v. md. le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aqui le suelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo, y asi me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como Gobernador con perdices y capones, y mas, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores,

los pobres y los ricos; y si v. md. mira en ello, verá que solo v. md. me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé mas de gobiernos de ínsulas que un buytre: y si se imagina que por ser Gobernador me ha de llevar el diablo, mas me quiero ir Sancho al cielo, que Gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dixo D. Quixote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Gobernador de mil ínsulas: buen natural tienes, sin el qual no hay ciencia que valga: encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en quantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPÍTULO XLIV.

Como Sancho Panza fué llevado al Gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quixote.

Dicen que en el propio original de esta historia se lee, que llegando Cide Hamete á escribir este capítulo, no le traduxo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de sí mismo, por haber tomado entre manos una historia

tan seca y tan limitada como esta de D. Quixote; por parecerle que siempre habia de hablar de él y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios mas graves y mas entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sugeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir de este inconveniente habia usado en la primera parte del artificio de algunas novelas, como fueron las del Curioso impertinente, y la del Capitan cautivo, que estan como separadas de la historia, puesto que las demas que alli se cuentan son casos sucedidos al mismo D. Quixote, que no podian dexar de escribirse. Tambien pensó, como él dice, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de D. Quixote, no la darian á las novelas, y pasarian por ellas, ó con priesa ó con enfado, sin advertir la gala y artificio que en sí contienen; el qual se mostrara bien al descubierto, quando por sí solas, sin arrimarse á las locuras de D. Quixote ni á las sandeces de Sancho salieran á luz; y asi en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mesmos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos; y

pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la historia, diciendo: que en acabando de comer D. Quixote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, quando se le cayeron y vinieron á manos del Duque, que los comunicó con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quixote; y asi llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él habia de ser Insula. Acaeció pues que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del Duque, muy discreto y muy gracioso, (que no puede haber gracia donde no hay discrecion) el qual habia hecho la persona de la Condesa Trifaldi con el donayre que queda referido; y con esto y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intencion maravillosamente. Digo pues que acaeció que asi como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor le dixo: Señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy en justo y en creyente, ó v. md.

me ha de confesar que el rostro de este mayordomo del Duque que aqui está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quixote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dixo á Sancho: no hay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente, (que no sé lo que quieres decir) que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones que sería entrarnos en intrincados laberintos; créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro Señor muy de veras, que nos libre á los dos de hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré, pero no dexaré de andar advertido de aqui adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Asi lo has de hacer, Sancho, dixo D. Quixote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mesmo, sobre un macho á la gineta, y detras de él, por órden del Duque, iba el Rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes; volvia Sancho

la cabeza de quando en quando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocara con el Emperador de Alemania.

Al despedirse de los Duques les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Dexa, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo, y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los labios con risa de ximia; porque los sucesos de D. Quixote, ó se han de celebrar con admiracion ó con risa. Cuéntase pues que apenas se hubo partido Sancho, quando D. Quixote sintió su soledad; y si le fuera posible revocarle la comision, y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la Duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste? Que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen; y en lo demas suplico á vuestra Excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que

yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, señor D. Quixote, que no ha de ser asi, que le han de servir quatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quixote, no serán ellas como flores, sino como espinas que me puncen el alma. Asi entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déxeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla enmedio de mis deseos y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, antes dormiré vestido que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, señor D. Quixote, replicó la Duquesa; por mí digo, que daré órden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quixote, que segun se me ha traslucido, la que mas campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese v. md., y vístase á sus solas y á su modo, cómo y quando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del To-

boso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto Caballero; y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza, nuestro Gobernador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, paraque vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo qual dixo D. Quixote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala; ni mas venturosa y mas conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darla los mas eloqüentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quixote, replicó la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque debe de esperar, venga v. md. y cenemos, y acostaráse temprano, que el viage que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió D. Quixote, porque osaré jurar á V. Exc. que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada ni de mejor paso que clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cavalgadura, y abrasarla asi sin mas ni mas. A esto se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso

concluir con todos los instrumentos de su oficio; y como á principal, y que mas le traía desasosegado, vagando de tierra en tierra, abrasó á clavileño, que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran D. Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias dió D. Quixote á la Duquesa; y en cenando D. Quixote se retiró en su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadís, flor y espejo de los Andantes Caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó; y al descalzarse, ó desgracia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditasen la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media que quedó hecha zelosía; afligióse en extremo el buen señor; y diera él por tener alli un adarme de seda verde una onza de plata; digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aqui exclamó Benengeli, y escribiendo dixo: O pobreza, pobreza! No sé yo con qué razon se movió aquel gran poeta cordoves á llamarte dádiva santa desagradecida; yo, aunque moro, bien sé, por la comunicacion que he tenido con christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero

con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere á contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: tened todas las cosas como si no las tuviésedes, y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza, que eres de la que yo hablo, porqué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos mas que con la otra gente? Porqué los obligas á dar pantalia á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? Porqué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes, con que sale á la calle despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos! Miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago! Todo esto se le renovó á D. Quixote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dexado unas botas de camino que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesaroso así de la falta que Sancho le hacia, como de la irrepara-

ble desgracia de sus medias á quien tómara los puntos, aunque fuera con seda de otro color; que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrecheza. Mató las velas, hacia calor, y no podia dormir; levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una rexa que daba sobre un hermoso jardin; y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin; púsose á escuchar atentamente; levantaron la voz los de abaxo, tanto, que pudo oir estas razones:

No me porfies (ó Emerencia!) que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar: quanto mas que el sueño de mi señora tiene mas de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aqui por todo el tesoro del mundo; y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano sería mi canto, si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas que há llegado á mis regiones para dexarme escarnida. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa y quantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon, y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la rexa de su estancia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono baxo y suave al son de tu harpa, y quando la Duquesa nos sienta, le echa-

remos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, ó Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que en mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de la fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que mas vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una harpa suavísimamente: oyendo lo qual quedó D. Quixote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras semejantes á aquella de ventanas, rexas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de Caballerías habia leido; luego imaginó que alguna doncella de la Duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad le forzaba á tener secreta su voluntad: temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dexarse vencer, y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que alli estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que no deseaban otra cosa sino que D. Quixote las oyese. Recorrida pues, y afinada la harpa, Altisidora dió principio á este romance.

O tú que estás en tu lecho,
entre sábanas de Olanda,

durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;
Caballero el mas valiente
que ha producido la Mancha,
mas honesto y mas bendito
que el oro fino de Arabia.
Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.
Tú buscas tus aventuras,
y agenas desdichas hallas,
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.
Dime, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia,
ó en las montañas de Xaca?
Si sierpes te dieron leche?
Si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas,
y el horror de las montañas?
Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.
Por esto será famosa,
desde Henares á Xarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.
Trocárame yo por ella,

y diera encima una saya
de las mas gayadas mias,
que de oro la adornan franjas.
O quién se viera en tus brazos,
ó si no junto á tu cama,
rascándote la cabeza,
y matándote la caspa!
Mucho pido, y no soy digna
de merced tan señalada,
los pies quisiera raerte,
que á una humilde esto le basta.
O qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de olanda!
Qué de finísimas perlas,
cada qual como una agalla,
que á no tener compañeras,
las solas fueran llamadas.
No mires de tu tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.
Niña soy, doncella tierna,
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.
No soy renca, ni soy coxa,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lírios,
que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la naríz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.
Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es mas dulce iguala,
y soy de disposicion
algo menos que mediana.
Estas y otras gracias mias
son despojos de tu aljaba,
de esta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aqui dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí:

Que tengo de ser tan desdichado Andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore! Qué tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! Qué la quereis, reynas? A qué la perseguís, emperatrices? Para qué la acosais, doncellas de catorce á quince años? Dexad, dexad á la miserable, que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darla en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demas soy de pedernal; para

ella soy miel, y para vosotras acíbar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demas las feas, las necias, las livianas y las de peor linage: para ser yo suyo, y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexarémos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso Gobierno.

CAPÍTULO XLV.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó á gobernar.

O perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! Timbrio aqui, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú, que siempre sales: y (aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, ó sol, con cuya ayuda el hombre engendra al

hombre; á ti digo, que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Panza, que sin ti yo me siento tibio, desmazalado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho a un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el Duque tenia: diéronle á entender que se llamaba la Insula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el Gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle, tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegria, y con mucha pompa le llevaron á la iglesia mayor á dar gracias á Dios; y luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador de la Insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo Gobernador tenia admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabia, y aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente en sacándole de la iglesia, le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella; y el mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Insula, señor Gobernador, que el que viene á tomar posesion de esta famosa Insula está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrin-

ella soy miel, sa, de cuya respuesta el pue-
sola Dulcinea, el pulso del ingenio de su nue-
honesta, la r; y asi, ó se alegra ó se entris-
mas las feas venida. En tanto que el mayordo-
linage: esto á Sancho, estaba él mirando
me arr andes y muchas letras que en la pared
frontera de su silla estaban escritas; y como él no sabia leer, preguntó, que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban? Fuéle respondido: Señor, alli está escrito y notado el dia en que V. S. tomó posesion de esta Insula; y dice el epitáfio: *Hoy dia á tantos de tal mes y de tal año tomó la posesion de esta Insula el señor D. Sancho Panza, que muchos años la goce.* Y á quién llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. A V. S. respondió el mayordomo, que en esta Insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dixo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linage le ha habido; Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas; y yo imagino que en esta Insula debe de haber mas dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el Gobierno me dura quátro dias, yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ahora

igos, ni del
se entristezca ó no se entristezca me los ha
este instante entraron en el juzgado juramen-
bres, el uno vestido de labrador, y el otro se los
sastre, porque traía unas tixeras en la mano, y el sastre dixo: Señor Gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante v. md. en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes, soy sastre exâminado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos, me preguntó: Señor, habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño, le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres; y replicóme, que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díxele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva su paño. Es todo esto asi, hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre; pero hágale v. md. que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. De buena gana, respondió el sastre; y sacando encontinente la mano debaxo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas

ella soy mi sola Dulcios de la mano, y dixo: He aqui las hon... peruzas que este buen hombre me pi... y en Dios y en mi conciencia, que no me ha quedado nada del paño; y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleyto. Sancho se puso á considerar un poco, y dixo: Paréceme que en este pleyto no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon; y asi yo doy por sentencia que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya mas. Si la sentencia que se referirá despues, de la bolsa del ganadero movió á admiracion á los circunstantes, ésta les provocó á risa: pero en fin se hizo lo que mandó el Gobernador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traía una cañaheja por báculo; y el sin báculo dixo: Señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro, por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese quando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos, por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia quando yo se los presté: pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté: y que si se los presté, que ya

me los ha vuelto: yo no tengo testigos, ni del prestado, ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto; querria que v. md. le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aqui y para delante de Dios. Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dixo Sancho. A lo que dixo el viejo: Yo, señor, confieso que me los prestó, y baxe v. md. esa vara; y pues él lo dexa en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdaderamente. Baxó el Gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazase mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian, pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya; y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Gobernador, preguntó al acreedor, qué respondia á lo que decia su contrario? Y dixo, que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen christiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y quándo se los habia vuelto; y que desde alli en adelante jamas le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y baxando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo qual por Sancho, y que sin mas ni mas se iba; y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabe-

za sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Truxéronsele, y en viéndole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. De muy buena gana, respondió el viejo, héle aqui, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dixo: Andad con Dios, que ya vais pagado. Yo, señor, respondió el viejo; pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dixo el Gobernador, ó si no, yo soy el mayor porro del mundo, y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reyno; y mandó que alli delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose asi, y en el corazon de ella hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su Gobernador por un nuevo Salomon. Preguntaron de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos? Y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion, que dentro de él estaba la paga de lo que pedian; de donde se podia colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus

juicios, y mas que él habia oido contar otro caso como aquel al Cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la Insula. Finalmente el un viejo corrido, y el otro pagado, se fuéron, y los presentes quedaron admirados; y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse, si le tendria y pondria por tonto ó por discreto. Luego acabado este pleyto, entró en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre, vestido de ganadero rico. la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, señor Gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor Gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de ese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado; y (desdichada de mí) me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y christianos, de naturales y extrangeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galan, dixo Sancho; y volviéndose al hombre, le dixo, qué decia y respondia á la querella de aquella muger? El qual

todo turbado respondió: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia de este lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas y socaliñas poco menos de lo que ellos valian: volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña; y el diablo que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; paguéla lo suficiente, y ella malcontenta asió de mí, y no me ha dexado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente, para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el Gobernador le preguntó si traía consigo algun dinero en plata? Él dixo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero: mandó que la sacase, y se la entregase asi como estaba á la querellante; él lo hizo temblando. Tomóla la muger, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor Gobernador, que asi miraba por las huérfanas, menesterosas y doncellas, y con esto se salió del juzgado, llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa. Buen hombre, id tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y volved aqui con ella; y no lo dixo á tonto

ni á tordo; porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleyto; y de alli á poco volvieron el hombre y la muger mas asidos y aferrados que la vez primera; ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, mas no era posible, segun la muger la defendia, la qual daba voces, diciendo: Justicia de Dios y del mundo, mire v. md., señor Gobernador, la poca vergüenza y el poco temor de este desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que v. md. mandó darme. Y haosla quitado? preguntó el Gobernador. Cómo quitar? respondió la muger, antes me dexára yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas; y confieso que las mias no son bastantes para quitársela, y dexóla. Entonces el Gobernador dixo á la muger: Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego, y el Gobernador se la volvió al hombre, y dixo á la esforzada y no forzada: Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado

para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareis en toda esta Insula, ni en seis leguas á la redonda, so pena de docientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaydora. Espantóse la muger, y fuése cabizbaxa y mal contenta; y el Gobernador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero; y de aqui adelante, si no le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése: y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo Gobernador. Todo lo qual notado de su Cronista, fué luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estaba esperando; y quédese aqui el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborozado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dexamos al gran D. Quixote envuelto en los pensamientos que le habia causado la mú-

sica de la enamorada doncella Altisidora: acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dexaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo qual visto por D. Quixote, dexó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la desgracia de sus medias: arrojóse encima su manto de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata: colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario, que consigo continuo traía, y con gran prosopopeya y contonéo salió á la antesala, donde el Duque y la Duquesa estaban ya vestidos, y como esperándole: y al pasar por una galería estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y asi cómo Altisidora vió á D. Quixote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quixote que lo vió, llegándose á ellas, dixo: Ya yo sé de qué proceden estos accidentes: No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella mas sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en quanto há que la conozco, que mal hayan quantos Caballeros

Andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase v. md., señor D. Quixote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que v. md. aqui estuviere. A lo que respondió D. Quixote: Haga v. md., señora, que se me ponga un laud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños presto suelen ser remedios calificados; y con esto se fué, porque no fuese notado de los que alli le viesen: no se hubo bien apartado, quando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dixo á su compañera: Menester será que se le ponga el laud, que sin duda D. Quixote quiere darnos música, y no será mala, siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la Duquesa de lo que pasaba, y del laud que pedia D. Quixote: y ella alegre sobre modo, concurrió con el Duque y con sus doncellas de hacerle una burla, que fuese mas risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa, como se habia venido el dia, el qual pasaron los Duques en sabrosas pláticas con D. Quixote; y la Duquesa aquel dia real y verdaderamente despachó á un page suyo (que habia hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea) á Teresa Panza, con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lio de ropa que habia dexado para que se le enviase, encargán-

dole le truxese buena relacion de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche, halló D. Quixote una vihuela en su aposento, templóla, abrió la reja, y sintió que andaba gente en el jardin; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mesmo aquel dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio á las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
Y el estar siempre ocupada
Ser antídoto al veneno
De las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
Que aspiran á ser casadas,
La honestidad es la dote
Y voz de sus alabanzas.

Los Andantes Caballeros,
Y los que en la corte andan,
Requiébranse con las libres,
Con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
Que entre huéspedes se tratan,
Que llegan presto al poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,
Que hoy llegó, y se va mañana,
Las imágines no dexa
Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
Ni se muestra ni señala,
Y do hay primera belleza.
La segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso,
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada, de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
Es la parte mas preciada,
Por quien hace amor milagros,
Y á sí mesmo los levanta.

Aqui llegaba D. Quixote de su canto, á quien estaban escuchando el Duque y la Duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, quando de improviso desde encima de un corredor que sobre la rexa de D. Qui-

xote á plomo caía, descolgaron un cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros, y el mayar de los gatos, que aunque los Duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso D. Quixote, quedó pasmado, y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la rexa de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella: apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse.

El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba, la mayor parte de la gente del castillo que no sabía la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quixote en pie, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la rexa, y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores; afuera, canalla hechiceresca, que yo soy D. Quixote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la rexa, y por alli se salieron; aunque uno viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quixote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las

uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quixote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo qual el Duque y la Duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia; y abriendo con llave maestra, vieron al pobre Caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea; acudió el Duque á despartirla, y D. Quixote dixo á voces: no me le quite nadie, déxenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quién es D. Quixote de la Mancha. Pero el gato no curándose de estas amenazas, gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le desarraigó, y le echó por la rexa. Quedó D. Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dexado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceyte de aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido; y al ponérselas con voz baxa le dixo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido Caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia; y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á

tálamo con ella; á lo menos viviendo yo que te adoro. A todo esto no respondió D. Quixote otra palabra sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los Duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca, encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los Duques le dexaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quixote aquella aventura, que le costó cinco dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su historiador contar ahora, por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su Gobierno.

CAPÍTULO XLVII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su Gobierno.

Cuenta la historia, que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y asi como Sancho entró en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages á darle agua manos, que Sancho recibió con mucha gravedad: cesó la

música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pie un personage, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano; levantaron una riquísima y blanca tohalla con que estaban cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un page puso un babador randado á Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, quando el de la varilla tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un page alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de maesecorral? A lo que respondió el de la vara: no se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras Insulas donde hay Gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta Insula para serlo de los Gobernadores de ella, y miro por su salud mucho mas que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del

Gobernador para acertar á curarle quando cayere enfermo; y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, y á dexarle comer de lo que me parece que le conviene, y á quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño, y ser nocivo al estógamo; y asi mandé quitar el plato de la fruta, por ser demasiadamente húmeda; y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias que acrecientan la sed, y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. De esa manera aquel plato de perdices que estan alli asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. A lo que el médico respondió: esas no comerá el señor Gobernador en tanto que yo tuviere vida. Pues porqué? dixo Sancho. Y el médico respondió: porque nuestro maestro Hypócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: *Omnis saturatio mala, perdix autem pessima.* Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es asi, dixo Sancho, vea el señor doctor de quantos manjares hay en esta mesa quál me hará mas provecho, y quál menos daño, y déxeme comer de él sin que me le apalee; porque por vida del Gobernador, y asi Dios me le dexe gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él mas me diga, antes será quitar-

me la vida que aumentármela. Vuesa merced tiene razon, señor Gobernador, respondió el médico, y asi es mi parecer que v. md. no coma de aquellos conejos guisados que alli estan, porque es manjar peliagudo; de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo, aún se pudiera probar; pero no hay para qué. Y Sancho dixo; aquel platonazo que está mas adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dexar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit*, dixo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento; no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los Canónigos ó para los Rectores de Colegios, ó para las bodas labradorescas, y déxennos libres las mesas de los Gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razon es, porque siempre y á do quiera, y de quien quiera son mas estimadas las medicinas simples que las compuestas; porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sé que ha de comer el señor Gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones, y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo que le asienten el estómago, y le ayuden á la digestion. Oyendo

esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico, y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado? á lo que él respondió: yo, señor Gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caraquel y Almodovar del Campo, á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: pues señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la mano derecha como vamos de Caraquel á Almodovar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante, sino voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la Insula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los medicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas; y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Recio de aqui, y si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza, y pídanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio á Dios en matar un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó sino tómense su Gobierno, que oficio que no da de comer á su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el

doctor viendo tan colérico al Gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle; y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: correo viene del Duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado; y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia asi: *A D. Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, en su propia mano, ó en la de su Secretario.* Oyendo lo qual Sancho, dixo: quién es aqui mi Secretario? Y uno de los que presentes estaban respondió: yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno. Con esta añadidura, dixo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo asi el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dixo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedase en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los demas y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta que asi decia:

A mi noticia ha llegado, señor D. Sancho Panza, que unos enemigos mios y de esa Insula la han de dar un asalto furioso no sé que noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercibido. Sé tambien por es-

pias verdaderas que han entrado en ese lugar quatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren: yo tendré cuidado de socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. De este lugar á 16 de Agosto á las quatro de la mañana. Vuestro amigo el Duque.

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes; y volviéndose al mayordomo, le dixo: lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminícula y pésima como es la del hambre. Tambien, dixo el maestresala, me parece á mí, que v. md. no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse detrás de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora dénme un pedazo de pan, y obra de quatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efeto no puedo pasar sin comer; y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas. Y vos, secretario, responded al Duque mi señor, y decidle que se cumplirá

lo que manda como lo manda sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á la señora la Duquesa, y que la suplico no se la olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi muger Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren, y de camino podeis encaxar un besamanos á mi señor D. Quixote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos como buen secretario, y como buen vizcaíno, podeis añadir todo lo que quisiéredes y mas viniere á cuento; y álcense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con quantas espias y matadores y encantadores vinieren sobre mí, y sobre mi Insula. En esto entró un page, y dixo: aqui está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra señoría en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dixo Sancho, de estos negociantes: es posible que sean tan necios, que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el Gobierno, (que no durará, se-

gun se me trasluce) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora decid á ese buen hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espias ó matador mio. No señor, respondió el page, porque parece una alma de cántaro, y yo sé poco, ó él es tan bueno como el buen pan: no hay que temer, dixo el mayordomo, que aqui estamos todos. Sería posible, dixo Sancho, maestresala, que agora que no está aqui el doctor Pedro Recio que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuestra señoría satisfecho y pagado, dixo el maestresala. Dios lo haga, respondió Sancho; y en esto entró el labrador que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y de buena alma. Lo primero que dixo fué: quién es aqui el señor Gobernador? Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? Humíllome pues á su presencia, dixo el labrador, y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela: negósela Sancho, y mandó que se levantase, y dixese lo que quisiese. Hízolo asi el labrador, y luego dixo: yo, señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad-Real. Otro Tirteafuera tenemos, dixo Sancho; decid hermano, que lo que yo os sé

decir es, que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, ó por mejor decir, me la mató un mal médico que la purgó estando preñada; y si Dios fuera servido de que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para Doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el Bachiller y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo? No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho, adelante hermano, que es hora de dormir mas que de negociar. Digo, pues, dixo el labrador, que este mi hijo que ha de ser Bachiller se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linage son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental: mirada por el lado derecho parece una flor

del campo; y por el izquierdo no tanto, porque la falta aquel ojo que se la saltó de viruelas, y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las mas bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios, pudiera hacer de ellos una madexa; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y averengenado. Y perdóneme el señor Gobernador si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintad lo que quisiéredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura; y si hubiera comido no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos: y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que

ella está agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo; y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi Bachiller, sino que no la puede extender que está añudada; y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dixo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los pies á la cabeza; qué es lo que quereis ahora, y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos ni añadiduras? Querria, señor, respondió el labrador, que v. md. me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza; porque para decir la verdad, señor Gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó quatro veces no le atormenten los malignos espiritus; y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales, pero tiene una condicion de un ángel, y si no es que se aporrea, y se da de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. Quereis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dixo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor,

que querria que v. md. me diese trescientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa; porque en fin han de vivir por sí sin estar sujetos á las impertinencias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dixo Sancho, y no la dexeis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador; y apenas dixo esto, quando levantándose en pie el Gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dixo: voto á tal, don patan, rústico y mal mirado, que si no os apartais y escondeis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza: hi de puta, bellaco, pintor del mesmo demonio, y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados, y de dónde los tengo yo, hediondo, y porqué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? Y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linage de los Perlerines? Va de mí, digo, sino por vida del Duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algun socarron que para tentarme te ha enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, aún no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hízole señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el qual lo hizo cabizbaxo y al parecer temeroso de que el Gobernador no executase su cólera; que el bella-

con supo hacer muy bien su oficio. Pero dexemos con su cólera á Sancho, y ándese la paz en el coro, y volvamos á D. Quixote que le dexamos vendado el rostro, y curado de las gatescas heridas, de las quales no sanó en ocho dias; en uno de los quales le sucedió lo que Cide Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas de esta historia por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á D. Quixote con Doña Rodriguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Ademas estaba mohino y melancólico el mal ferido D. Quixote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anexas á la Andante Caballería. Seis dias estuvo sin salir en público; en una noche de las quales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condicion de faltar á la fe que debia guardar á su señora Dulcinea del Toboso: no, (dixo creyendo á su imaginacion, y

esto con voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo dexe de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo mas escondido de mis entrañas, hora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, hora en ninfa del dorado Tajo, texiendo telas de oro y sirgo compuestas, hora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los vigotes vendados; el rostro, por los aruños; los vigotes, porque no se le desmayasen y cayesen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y quando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña con unas tocas blancas, repulgadas y luengas, tanto, que la cubrian y enmantaban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacia sombra, porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos: venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Miróla D. Quixote desde su atalaya, y quando vió su adeliño, y notó su silencio, pen-

só que alguna bruja ó maga venia en aquel trage á hacer en él alguna mala fechuría; y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y quando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quixote, y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya; porque asi como le vió tan alto, y tan amarillo con la colcha y con las vendas, que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo: Jesus, qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos: y viéndose á obscuras, volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas, y dió consigo una gran caida. D. Quixote temeroso comenzó á decir: Conjúrote, fantasma ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres? Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por ti todo quanto mis fuerzas alcanzáren, porque soy católico christiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la Orden de la Caballería Andante que profeso (cuyo exercicio aun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende). La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quixote, y con voz afligida y baxa le respondió: Señor D. Quixote (si es que acaso v. md. es D. Quixote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma del purgatorio, como v. md. debe de haber pensado, sino Doña

Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la Duquesa, que con una necesidad de aquellas que v. md. suele remediar, á v. md. vengo. Dígame, señora Doña Rodriguez, dixo D. Quixote, por ventura viene v. md. á hacer alguna tercería? porque la hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora Doña Rodriguez, que como v. md. salve y dexe á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie? señor mio, respondió la dueña; mal me conoce v. md., sí, que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja á semejantes niñerías; pues Dios loado, mi alma me tengo en mis carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios; pero espéreme v. md. un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quixote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de

romper á su señora la fe prometida; y decíase á sí mismo: Quién sabe si el diablo, que es sutíl y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reynas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede antes os la dará roma que aguileña. Y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? Y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla; pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo. Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? por ventura hay dueña en el orbe que dexe de ser impertinente, fruncida y melindrosa? Afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo. O quán bien hacia aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando: y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intencion de cerrar la puerta, y no dexar entrar á la señora Rodriguez;

mas quando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia encendida una vela de cera blanca, y quando ella vió á D. Quixote de mas cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin, temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dixo: Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse v. md. levantado de su lecho. Eso mesmo es bien que yo pregunte, señora, respondió D. Quixote; y asi pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado? De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. A vos y de vos la pido, replicó D. Quixote, porque ni yo soy de mármol ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y aun un poco mas, segun imagino, y en una estancia mas cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido; pero dame, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas; y diciendo esto, besó su derecha mano, y le asió de la suya, que ella le dió con las mesmas ceremonias. Aqui hace Cide Hamete un paréntesis, y dice, que por Mahoma que diera por ver ir á los dos asi asidos y trabados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin D. Quixote en su lecho, y que-

dóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. D. Quixote se acurrucó y se cubrió todo, no dexando mas del rostro descubierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué D. Quixote, diciendo: Puede v. md. ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Asi lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentíl y agradable presencia de v. md. no se podia esperar sino tan christiana respuesta. Es pues el caso, señor D. Quixote, que aunque v. md. me ve sentada en esta silla y en la mitad del reyno de Aragón, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me traxeron á la corte de Madrid, donde por bien de paz, y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora; y quiero hacer sabidor á v. md., que en hacer baynillas y labor blanca ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sir-

viendo, y se volvieron á su tierra, y de alli á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran ademas buenos y católicos christianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya en dias, barbudo y apersonado, y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la qual por excusar dímes y diretes nos casó en paz y en haz de la santa Madre Iglesia católica romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde alli á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener agora lugar para contarle, yo sé que v. md. se admirára; y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dixo: Perdóneme v. md., señor D. Quixote, que no va mas en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mesmo azabache, que entonces no se usaban coches ni sillas, como agora dicen que se usan, y las

señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dexar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante; y asi cómo mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle: mi señora, que iba á las ancas, con voz baxa le decia: Qué haceis, desventurado, no veis que voy aqui? El alcalde, de comedido, detuvo las riendas al caballo, y díxole: Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi señora Doña Casilda, que asi era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo qual mi señora, llena de cólera y enojo sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzon del estuche, y clavósele por los lomos, de manera, que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte, que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos á levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalaxara (digo la gente valdía que en ella estaba), vínose á pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesía de mi esposo, tanto, que los muchachos le

corrian por las calles; y por esto y porque él era algun tanto corto de vista, mi señora la Duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mí que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada, y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la Duquesa, que estaba recien casada con el Duque mi señor, quiso traerme consigo á este reyno de Aragón, y á mi hija ni mas ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donayre del mundo: canta como una calándria, danza como el pensamiento, bayla como una perdída, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es mas limpia, y debe de tener agora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas á menos. En resolucion, de esta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del Duque mi señor, no muy lejos de aqui. En efeto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debaxo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no sé la quiere cumplir; y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con

mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa, que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues, señor mio, que v. md. tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, v. md. nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos, y amparar los miserables, y póngasele á v. md. por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de quantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato, y que una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa v. md., señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidorilla tiene mas de presuncion que de hermosura, y mas de desenvuelta que de recogida: ademas, que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y aun mi señora la Duquesa: quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. Qué tiene mi señora la Duquesa, por vida mia, señora

Doña Rodriguez? preguntó D. Quixote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dexar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. Ve v. md., señor D. Quixote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mexillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa v. md. que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. Santa María, dixo D. Quixote, y es posible que mi señora la Duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dixeran frayles descalzos; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser asi; pero tales fuentes, y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud. Apenas acabó D. Quixote de decir esta razon, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Lue-

go sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexaban gañir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, la alzaba las faldas, y con una, al parecer, chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion; y aunque D. Quixote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabia qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca: y no fué vano su temor, porque en dexando molida á la dueña los callados verdugos, la qual no osaba quejarse, acudieron á D. Quixote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dexar de defenderse á puñadas; y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quixote, el qual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo se quedó solo, donde le dexaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX.

De lo que le sucedió á Sancho Panza rondando su Insula.

Dexamos al gran Gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarron, el qual industriado del mayordomo, y el mayordomo del Duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dixo á los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del Duque, habia vuelto á entrar en la sala: Ahora verdaderamente que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes que á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar; no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de

dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Recio de Tirteafuera que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que asi se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el Gobernador, y esperaba con grande ánsia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó por él tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias: entregóse en todo con mas gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faysanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos; y entre la cena volviéndose al doctor, le dixo: Mirad, señor doctor, de aqui adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni man-

jares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el qual está acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer, es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras mas podridas son, mejor huelen, y en ellas pueden embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algun dia; y no se burle nadie conmigo, porque ó somos ó no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz y compaña, pues quando Dios amanece para todos amanece: yo gobernaré esta Insula, sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta, y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasion han de ver maravillas; no sino haceos miel, y comeros han moscas. Por cierto, señor Gobernador, dixo el maestresala, que v. md. tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta Insula, que han de servir á v. md. con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios v. md. ha dado, no les da lugar de hacer ni pensar cosa que en deservicio de v. md. redunde. Yo lo creo, respondió

Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir, que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace mas al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta Insula de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida; porque quiero que sepais, amigos, que la gente valdía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen: pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. Qué os parece de esto, amigos? Digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto v. md., señor Gobernador, dixo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como v. md. que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de v. md. esperaban los que nos enviaron, y los que aqui venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo, las burlas se vuelven veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche, y cenó el Gobernador con licencia del señor Doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayor-

domo, secretario, y maestresala y el coronista, que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos; y alguaciles y escribanos tantos, que podian formar un mediano esquadron. Iba Sancho enmedio con su vara que no habia mas que ver; y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian; los quales viendo venir la justicia se estuvieron quedos, y el uno de ellos dixo: aqui de Dios y del Rey, cómo, y qué se ha de sufrir, que roben en poblado en este pueblo, y que salgan á saltear en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dixo Sancho, y contadme qué es la causa de esta pendencia, que yo soy el Gobernador. El otro contrario dixo: señor Gobernador yo la diré con toda brevedad: vuestra merced sabrá que este gentil hombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aqui frontero mas de mil reales, y sabe Dios cómo, y hallándome yo presente juzgué mas de una suerte dudosa en su favor contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia, y quando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones, y evitar pendencias, él embolsó su dinero, y se salió de la casa; yo vine despechado tras él,

y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me lo enseñaron ni me lo dexaron; y el socarron, que no es mas ladron que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no queria darme mas de quatro reales, porque vea v. m. señor Gobernador qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fe que si v. md. no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con quantas entraba la romana. Qué decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad quanto su contrario decia, y no habia querido darle mas de quatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada; que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Asi es, dixo el mayordomo, vea v. md. señor Gobernador, qué es lo que se ha de hacer de estos hombres? Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo ó indiferente, dad luego á este

vuestro acuchillador cien reales, y mas habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones en esta Insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid de esta Insula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantáredes, lo cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota, ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la Insula, y aquel se fué á su casa; y el Gobernador quedó diciendo: ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo menos, dixo un escribano, no la podrá v. md. quitar, porque la tiene un gran personage: y mas es sin comparacion lo que él pierde al año, que lo que saca de los naypes; contra otros garitos de menor cantía podrá v. md. mostrar su poder, que son los que mas daño hacen, y mas insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales, y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en exercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abaxo, y le desuellan vivo. Agora, escribano, dixo Sancho, yo sé que hay mucho que decir

en eso; y en esto llegó un corchete que traía asido á un mozo, y dixo: señor Gobernador, este mancebo venia ácia nosotros, y asi como columbró la justicia, volvió las espaldas, y comenzó á correr como un gamo; señal que debe de ser algun delinqüente: yo partí tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamas. Porqué huías, hombre? preguntó Sancho. A lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. Qué oficio tienes? Texedor. Y qué texes? Hierros de lanzas, con licencia buena de v. md. Graciosico me sois? de chocarrero os picais? está bien; y adónde íbades ahora? Señor, á tomar el ayre. Y adónde se toma el ayre en esta Insula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy á propósito; discreto sois mancebo: pero haced cuenta que yo soy el ayre, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle, ola, y llevadle, que yo haré que duerma allí sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el mozo, así me haga v. md. dormir en la cárcel como hacerme rey. Pues porqué no te haré dormir en la cárcel? respondió Sancho; no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y quando que quisiere? Por mas poder que v. md. tenga, dixo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. Cómo que no? replicó Sancho, llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque mas el alcayde quiera usar

con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te dexa salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la cárcel quántos hoy viven. Dime, demonio, dixo Sancho, tienes algun ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? Ahora, señor Gobernador, respondió el mozo con muy buen donayre, estemos á razon, y vengamos al punto. Prosuponga v. md. que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcayde graves penas si me dexa salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, será v. md. bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero? No por cierto, dixo el secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo Sancho, que no dexareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No señor, dixo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dixo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aqui en adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el Gobernador prosiguió con su ronda, y de

alli á poco vinieron dos corchetes que traian á un hombre asido, y dixeron: señor Gobernador, este que parece hombre, no lo es, sino muger y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una muger, al parecer de diez y seis ó pocos mas años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abaxo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro y aljofar: los greguescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mesmo suelta, debaxo de la qual traía un jubon de tela finísima de oro y blanco; y los zapatos eran blancos y de hombre; no traía espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de quantos la vieron; y los naturales del lugar dixeron, que no podian pensar quién fuese, y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y asi estaban dudosos, esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza; y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion la habia movido para vestirse en aquel hábito?

Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tán en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos zêlos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo, dixo á Sancho: haga señor Gobernador, apartar la gente, porque esta señora con menos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo asi el Gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose, pues solos, la doncella prosiguió, diciendo: yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas de este lugar, el qual suele muchas veces ir en casa de mi padre. Eso no lleva camino, dixo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien á Pedro Perez, y sé que no tiene hijo ninguno ni varon ni hembra; y mas que decis que es vuestro padre: y luego añadís, que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. Ya yo habia dado en ello, dixo Sancho. Ahora, señores, yo estoy turbada, y no sé lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Aún eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que

es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea; y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Asi es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo; si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo qual el secretario, se llegó al oido del maestresala, y le dixo muy paso: sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal trage y á tales horas, y siendo tan principal anda fuera de su casa. No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y mas que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y la pidió que sin temor alguno les dixese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mesmos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aún hombres fuera de

mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento, y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada, quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mesmas: quando oía decir que corrian toros, y jugaban cañas, y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dixese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto; él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera y tal rogara, y tornó á renovar el llanto. El mayordomo la dixo: prosiga v. md. señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas sí que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Habíase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su lanterna para verla

de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljofar ó rocío de los prados, y aun las subia de punto, y las llegaba á perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el Gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díxola que acabase de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros, dixo: no es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche á ver todo el pueblo quando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo; y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosísima; esta noche debe de haber una hora poco mas ó menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y quando queriamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y di-

ciendo esto, volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar; yo á menos de seis pasos caí con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que me truxo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efeto, señora, dixo Sancho, no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixisteis, no os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á mas que á ver las calles de este lugar; y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno de ellos quando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca ni con otra cosa adornada que con sus mesmos cabellos, que eran sortijas de oro, segun eran rubios y enrizados. Apartáronse con él el Gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que le oyese su hermana, le preguntaron cómo venia en aquel trage? Y él, con no menos vergüenza y empacho, contó lo mesmo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el Gobernador les dixo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento, no eran menester tantas

largas, ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabará el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Asi es la verdad, respondió la doncella; pero sepan vuesas mercedes, que la turbacion que he tenido ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el término que debia. No se ha perdido nada, respondió Sancho, vamos, y dexaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado menos; y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la muger y la gallina, por andar ser pierden ahina: y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo mas. El mancebo agradeció al Gobernador la merced que queria hacerles de volverles á su casa; y asi se encaminaron ácia ella, que no estaba muy lejos de allí. Llegaron pues, y tirando el hermano una china á una rexa, al momento baxó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta, y ellos se entraron, dexando á todos admirados asi de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenian de ver mundo de noche, y sin salir del lugar: pero todo lo atribuyeron á su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazon, y propuso de luego otro dia pe-

dírsela por muger á su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del Duque; y aun á Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija, y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dándose á entender que á una hija de un Gobernador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de alli á dos dias el Gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L.

Donde se declara quien fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, y pellizcaron y arañaron á D. Quixote, con el suceso que tuvo el page que llevó la carta á Teresa Panza, muger de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, puntualísimo escudriñador de los átomos de esta verdadera historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estancia de D. Quixote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y asi como la dueña la vió entrar en la estancia de D. Quixote, porque no

faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué á poner en pico á su señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quixote: la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidió licencia, para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quixote: el Duque se la dió; y las dos con gran tiento y sosiego paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y quando oyó la Duquesa que Rodriguez habia echado en la calle el aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora, y asi llenas de colera, y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á D. Quixote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mugeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la Duquesa al Duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho: y la Duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse, y recibir pasatiempo con D. Quixote, despachó al page que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su Gobierno) á Teresa Panza su muger con la carta de su marido, y con otra suya, y con

una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia, que el page era muy discreto y agudo: y con deseo de servir á sus señores, partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y antes de entrar en él, vió en un arroyo estar lavando cantidad de mugeres, á quien preguntó si sabrian decir, si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa Panza, muger de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado D. Quixote de la Mancha? A cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando, y dixo: esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dixo el page, y mostradme á vuestra madre, porque la traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza, que mostraba ser de edad de catorce años, poco mas á menos, y dexando la ropa que lavaba á otra compañera sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del page, y dixo: venga v. md. que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena, por no haber sabido muchos dias ha de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tiene que dar bien gracias á Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su ca-

sa, dixo á voces desde la puerta: salga madre Teresa, salga, salga, que viene aqui un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre, á cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un copo de estopa con una saya parda: parecia segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar, con un corpezuelo asimismo pardo, y una camisa de pechos: no era muy vieja, aunque mostraba pasar de los quarenta, pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la qual viendo á su hija, y al page á caballo, la dixo: qué es esto niña, que señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el page, y diciendo y haciendo, se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: deme v. md. sus manos, mi señora Doña Teresa, bien asi como muger legítima y particular del señor D. Sancho Panza, Gobernador propio de la Insula Barataria. Ay, señor mio! quítese de ahí no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un escudero Andante, y no de Gobernador alguno. Vuesa merced, respondió el page, es muger dignísima de un Gobernador archidignísimo; y para prueba de esta verdad reciba v. md. esta carta y este presente, y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echó al cuello, y

dixo: esta carta es del señor Gobernador; y otra que traigo, y estos corales son de mi señora la Duquesa que á v. md. me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dixo: que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo D. Quixote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Asi es la verdad, respondió el page, que por respeto del señor D. Quixote es ahora el señor Sancho Gobernador de la Insula Barataria, como se verá por esta carta. Léamela v. md. señor gentil hombre, dixo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja: ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aqui, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el Cura mesmo, ó el Bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para qué se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré; y asi se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacó otra de la Duquesa, que decia de esta manera:

Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el Duque le diese un Gobierno de una Insula de muchas que tiene: tengo noticia que gobierna como un girifalte, de lo que yo estoy muy

contenta, y el Duque mi señor por el consiguiente; por lo que doy muchas gracias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal Gobierno, porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen Gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna; ahí le envio, querida mia, una sarta de corales con extremos de oro, yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el hueso no te querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encoméndeme á Sanchica su hija, y dígala de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente quando menos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano, y escríbame largo, avisándome de su salud y de su bien estar; y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer mas que boquear, que su boca será medida; y Dios me la guarde. De este lugar, su amiga que bien la quiere.

La Duquesa.

Ay! dixo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, qué llana y qué humilde señora! Con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la Iglesia con tanta fantasía

como si fuesen las mesmas reynas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora: y veis aquí donde esta buena señora, con ser Duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el mas alto campanario que hay en la Mancha: y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoría un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor, pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al Padre Cura, y á Maese Nicolas el Barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad de esa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la Duquesa que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para ti, hija, respondió Teresa; pero déxamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dixo el page, quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finísimo que el Gobernador solo un dia llevó á caza, el qual todo lo envia para la señora San-

chica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el Cura y Sanson Carrasco, comenzó á baylar y á decir: á fe que agora no hay pariente pobre, gobierno tenemos; no sino, tómese conmigo la mas pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. Qué es esto, Teresa Panza? qué locuras son estas, y qué papeles son esos? No es otra la locura sino que estas son cartas de Duquesas y Gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos; las ave marías y los padres nuestros son de oro de martillo, y yo soy Gobernadora. De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahi lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que habian leido. Y preguntó el Bachiller quién habia traido aquellas cartas? Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traía otro presente que valia mas de tanto. Quitóle el Cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dixo:

Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense de estas cartas y de estos presentes: por una parte veo y toco la fineza de estos corales, y por otra leo que una Duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas, dixo entonces Carrasco; ahora bien, vamos á ver al portador de este pliego, que de él nos informarémos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo asi; y volvióse Teresa con ellos: hallaron al page crivando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al page; cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos: y despues de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sanson les dixese nuevas asi de D. Quixote como de Sancho Panza, que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar qué sería aquello del Gobierno de Sancho, y mas de una ínsula, siendo todas ó las mas que hay en el mar Mediterráneo de su Magestad. A lo que el page respondió: de que el señor Sancho Panza sea Gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto: pero basta que sea un lugar de mas de mil vecinos; y en quanto á lo de las bellotas, digo que mi señora la Duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia el en-

viar á pedir bellotas á una labradora, pero que la acontecia enviar á pedir un peyne prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan v. ms. que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas: con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad de estas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al page: ¿dígame, señor, mi señor padre trae por ventura calzas atacadas despues que es Gobernador? No he mirado en ello, respondió el page, pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y que será de ver á mi padre con pedorreras: no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá v. md. si vive, respondió el page; par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de ver el Cura y el Bachiller que el page hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales, y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo, que ya Teresa les habia mostrado el vestido; y no dexaron de reirse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo: señor Cura, eche cata por ahí, si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un berdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere, que en verdad, en verdad que tengo

de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere; y aún, que si me enojo, me tengo de ir á esa Corte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador, muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dixó Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dixesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche como si fuera una papesa; pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para quantos murmuradores hay en el mundo; y ándeme yo caliente, y ríase la gente. Digo bien, madre mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas venturas, y aun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no pára hasta hacerme Condesa, que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que asi como lo es tuyo, lo es de los refranes) quando te dieren la baquilla, corre con la soguilla; quando te dieren un gobierno, cógele; quando te dieren un condado, agárrale; y quando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, embásala: no sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que estan llamando á la puerta de vuestra casa. Y qué se me da á mí, añadió

Sanchica, que diga el que quisiere quando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas? Oyendo lo qual el Cura, dixo: yo no puedo creer sino que todos los de este linage de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto que no los derrame á todas horas, y en todas las pláticas que tienen. Asi es la verdad, dixo el page, que el señor Gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavía dan gusto, y mi señora la Duquesa y el Duque los celebran mucho. Qué todavía se afirma v. md. señor mio, dixo el Bachiller, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que hay Duquesa en el mundo que la envie presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quixote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y asi estoy por decir que quiero tocar y palpar á v. m., por ver si es embaxador fantástico, ó hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé mas de mí, respondió el page, sino que soy embaxador verdadero, y que el señor Sancho Panza es Gobernador efectivo; y que mis señores Duque y Duquesa pueden dar y han dado el tal Gobierno; y que he oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza:

si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es: por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. Bien podrá ello ser asi, replicó el Bachiller, pero *dubitat Augustinus.* Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira como el aceyte sobre el agua; y si no, *operibus credite, & non verbis*: Véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oidos. Esa ida á mí toca, dixo Sanchica, lléveme vuesa merced, señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores, respondió el page, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica, tan bien me vaya sobre una pollina como sobre un coche; hallado la habeis la melindrosa. Calla muchacha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento; quando Sancho, Sancha; y quando Gobernador Señora; y no sé si digo algo. Mas dice la señora Teresa de lo que piensa, dixo el page, y denme de comer, y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dixo el Cura: vuesa merced se vendrá á hacer

penitencia conmigo, que la señora Teresa mas tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el page; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora; y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por Don Quixote y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el Bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y asi dió un bollo y dos huevos á un monacillo que sabia escribir, el qual la escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del Gobernador, la qual el Maestresala pasó sin dormir, ocupando el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella; y el Mayordomo ocupó lo que de ella faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho hacia y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos; porque anda-

ban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor Gobernador, y por órden del Doctor Pedro Recio le hicieron desayunar con un poco de conserva, y quatro tragos de agua fria: cosa, que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio, que los manjares pocos y delicados avivan el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves; donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofistería padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia al Gobierno, y aun á quien se le habia dado: pero con su hambre y con su conserva se pusó á juzgar aquel dia; y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el Mayordomo y los demás acólitos, que fué: señor, un caudaloso rio dividia á dos términos de un mismo señorio: (y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso) digo, pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo de ella una horca, y una como casa de audiencia, en la qual de ordinario habia quatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del seño-

río, que era en esta forma: si alguno pasare por esta puente de una parte á otra ha de jurar primero adónde y á qué va; y si jurare verdad, déxenle pasar; y si dixere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli se muestra sin remision alguna. Sabida esta ley, y la rigorosa condicion de ella, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dexaban pasar libremente. Sucedió pues que tomando juramento á un hombre, juró, y dixo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que alli estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dixeron: si á este hombre le dexamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir, y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe de ser libre. Pídese á vuesa merced, señor Gobernador, qué harán los jueces del tal hombre, que aun hasta ahora estan dudosos y suspensos; y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced de su parte diese su parecer en tan intricado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo podian haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo eso,

repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dixo: á mi parecer, ese negocio en dos paletas lo declararé yo; y es asi: el tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente; y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen. Asi es, como el señor Gobernador dice, dixo el mensagero; y quanto á la entereza y entendimiento del caso no hay mas que pedir ni que dudar. Digo pues ahora, replicó Sancho, que de este hombre, aquella parte que juró verdad la dexen pasar, y la que dixo mentira la ahorquen; y de esta manera se cumplirá al pie de la letra la condicion del pasage. Pues señor Gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y asi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide; y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá señor buen hombre, respondió Sancho, este pasagero que decis, ó yo soy un porro, ó el tiene la misma razon para morir, que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto asi, como lo es, soy de parecer que

digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues estan en un fil las razones de condenarle ó absolverle, que le dexen pasar libremente, pues siempre es alabado mas el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo D. Quixote la noche antes que viniese á ser Gobernador de esta Insula, que fué, que quando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia: y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde. Asi es, respondió el Mayordomo, y tengo para mí, que el mismo Licurgo, que dió leyes á los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia de esta mañana, y yo daré órden como el señor Gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, denme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despavilaré en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto Gobernador; y mas que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traía en comision de hacerle. Sucedió pues que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismo del Doctor Tirteafuera, al levantar

de los manteles entró un correo con una carta de D. Quixote para el Gobernador. Mandó Sancho al Secretario que la leyese para sí; y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo asi el Secretario, y repasándola primero, dixo: bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quixote escribe á vuesa merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice asi:

Carta de D. Quixote de la Mancha á Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria.

Quando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello gracias particulares al cielo, el qual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dícenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, ir contra la humildad del corazon, porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traygas dixes

ni galas, ni que siendo Juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas; la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que mas fatigue el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.

No hagas muchas pragmáticas; y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen: antes dan á entender que el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen; y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion. Visita las cárceles, las carnicerias y las plazas, que la presencia del Gobernador en lugares tales es de mucha importancia. Consuela á los presos, que esperan la brevedad de su despacho; sé coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos; y sé espantajo á las placeras, por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo

seas, lo qual yo no lo creo) codicioso, mugeriego ni gloton, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito ántes que de aqui partieses á tu Gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso á los Gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace. La señora Duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu muger Teresa Panza; por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de mis narices, pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Avísame si el Mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste: y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; quanto mas, que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgracia de estos seño-

res; pero aunque se me da mucho, no se me da nada, pues en fin en fin tengo de cumplir antes con mi profesion, que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: Amicus Plato, sed magis amica veritas. *Dígote este latin, porque me doy á entender, que despues que eres Gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el qual te guarde de que ninguno te tenga lástima.*

Tu amigo
Don Quixote de la Mancha.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al Secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas quiso responder luego á su señor D. Quixote, y dixo al Secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dixese, y asi lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente.

Carta de Sancho Panza á D. Quixote de la Mancha.

La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aún para cortarme las uñas, y asi las traygo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no se

espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados.

Escribióme el Duque mi señor el otro dia, dándome aviso que habian entrado en esta Insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto Doctor que está en este lugar asalariado para matar á quantos Gobernadores aqui vinieren: llámase el Doctor Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa merced qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal Doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades quando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho; pues quando pensé venir á este Gobierno á comer caliente, y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sábanas de olanda sobre colchones de pluma, he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño; y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.

Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aqui me han dicho que los Gobernadores que á esta Insula suelen venir, antes de entrar en

ella, ó les han dado, ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demas que van á Gobiernos, no solamente en este.

Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella en trage de varon, y un hermano suyo en hábito de muger: de la moza se enamoró mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para su muger, segun él ha dicho; yo escogi el mozo para mi yerno: hoy los dos pondrémos en plática nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, hidalgo, y christiano viejo quanto se quiere.

Yo visito las plazas como vuesa merced me lo aconseja; y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averigüéla que habia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir; y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza: hanme dicho que lo hice valerosamente; lo que sé decir á v. m. es, que es fama en este pueblo, que no hay gente mas mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas, y atrevidas; y yo asi lo creo por las que he visto en otros pueblos.

De que mi señora la Duquesa haya escrito á mi muger Teresa Panza, y enviádole el presente que v. m. dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo; bésele v. m. las manos de mi parte, diciendo que

digo yo que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que v. m. tuviese trabacuentas de disgustos con esos mis señores, porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se me da á mí por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino, que debe de ser alguna de las malas fechorías que con v. m. suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré quando nos veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero no sé qué envie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con vegigas los hacen en esta Insula muy curiosos, aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de haldas ú de mangas. Si me escribiere mi muger Teresa, pague vuesa merced el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi muger y de mis hijos. Y con esto Dios libre á vuesa merced de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz de este Gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Recio.

Criado de v. md.
Sancho Panza el Gobernador.

Cerró la carta el Secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho dieron órden entre sí cómo despacharle del Gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen Gobierno de la que él imaginaba ser Insula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república; y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento, que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad y fama; y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese la vida por ello. Moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exôrbitancia. Puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese. Puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia. Ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no truxese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuicio de los verdaderos.

Hizo y creó un Alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los exâminase si lo eran; porque á la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones, y la salud borracha. En resolucion, él ordenó cosas tan buenas, que

hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *Las Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza.*

CAPÍTULO LII.

Dónde se cuenta la aventura de la segunda Dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya Don Quixote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel Castillo tenia era contra toda la Orden de Caballería que profesaba; y asi determinó de pedir licencia á los Duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, donde pensaba ganar el arnés que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los Duques, y comenzando á poner en obra su intencion, y pedir la licencia, veis aqui á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como despues pareció) cubiertas de luto de los pies á la cabeza, y la una de ellas, llegándose á D. Quixote, se le echó á los pies tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de D. Quixote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oían y miraban; y aunque los Duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querian hacer á D. Quixote, todavía

viendo con el ahinco que la muger suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quixote compasivo la levantó del suelo, y hizo que se descubriese, y quitase el manto de sobre la faz llorosa: ella lo hizo asi, y mostró ser (lo que jamas se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez) la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto, que viniese á hacer locuras. Finalmente Doña Rodriguez, volviéndose á los señores, les dixo: vuesas Excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este Caballero, porque asi conviene para salir con bien el negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quixote quanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro á D. Quixote, dixo: dias ha, valeroso Caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aqui está presente, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándola el tuerto que le tienen fecho, y ahora ha llegado á mi noticia que os que-

redes partir de este castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y asi querria que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que la dió de ser su esposo antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el Duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á v. md. en puridad tengo declarada. Y con esto nuestro Señor dé á v. md. mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió D. Quixote con mucha gravedad y prosopopeya: buena dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enxugadlas, y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la qual la hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir; y asi, con licencia del Duque mi Señor, yo me partiré luego en busca de ese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y quando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que v. md. se

ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja; ni es menester tampoco que v. md. me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia á cada uno, como estan obligados á guardarla todos aquellos príncipes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señoríos. Pues con ese seguro, y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó D. Quixote, desde aqui digo que por esta vez renuncio mi hidalguía, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y asi, aunque ausente, le desafio y reto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es: y que la ha de cumplir la palabra que la dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el Duque le alzó, diciendo, que como ya habia dicho, él acetaba el tal desafio en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de alli á seis dias: y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acos-

tumbradas de los caballeros, lanza y escudo, y arnés tranzado, con todas las demas piezas, sin engaño, superchería ó supersticion alguna, exâminadas y vistas por los Jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor D. Quixote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida execucion el tal desafio. Yo sí pongo, respondió la dueña. Y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el Duque lo que habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron; y ordenó la Duquesa que de alli adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venian á pedir justicia á su casa; y asi las dieron quarto aparte, y las sirvieron como á forasteras, no sin espanto de las demas criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandéz y desenvoltura de Doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta, y dar buen fin á la comida, veis aqui donde entró por la sala el page que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, muger del Gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los Duques, deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viage, y preguntándoselo, respondió el pa-

ge, que no lo podia decir tan en público, ni con breves palabras, que sus Excelencias fuesen servidos de dexarlo para á solas, y que entretanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas, las puso en manos de la Duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi Señora la Duquesa tal, de no sé donde*: y la otra: *A mi marido Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, que Dios prospere mas años que á mí.* No se le cocia el pan, como suele decirse, á la Duquesa hasta leer su carta, y abriéndola, y leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta, para que el Duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esta manera:

Carta de Teresa Panza á la Duquesa.

Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada: la sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que V. Señoría haya hecho Gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el Cura, y Maese Nicolás el Barbero, y Sanson Carrasco el Bachillér; pero á mí no se me da nada, que como ello sea asi, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los

corales y el vestido, tampoco yo lo creyera; porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro; y que sacado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno. Dios lo haga, y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada, con licencia de v. m., de meter este buen dia en mi casa, yéndome á la corte á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envidiosos que ya tengo. Y asi suplico á V. Excelencia mande á mi marido me envie algun dinerillo, y que sea algo qué, porque en la corte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta maravedís, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me estan bullendo los pies por ponerme en camino, que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la corte, vendrá á ser conocido mi marido por mí mas que yo por él, siendo forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas señoras de este coche? y un criado mio responderá: la muger y la hija de Sancho Panza, Gobernador de la Insula Barataria, y de esta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo. Pésame quanto pesarme puede, que este año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso envio á V. Alteza hasta medio celemin, que una á una las fuí yo

á coger y á escoger al monte, y no las halle mayores: yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

No se le olvide á vuestra pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar de este lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuesa grandeza, y á mi no me olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan á v. md. las manos.

La que tiene mas deseo de ver á V. S. que de escribirla,

Su criada
Teresa Panza.

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer á Don Quixote, si sería bien abrir la carta que venia para el Gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quixote dixo que él la abriria por darles gusto, y asi lo hizo, y vió que decia de esta manera:

Carta de Teresa Panza á Sancho Panza su marido.

Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro, como católica christiana, que no faltaron dos dedos para volverme

loca de contento. Mira, hermano, quando yo llegué á oir que eres Gobernador, me pensé alli caer muerta de puro gozo, y que ya sabes tú, que dicen que asi mata la alegria súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador de ellas alli presente, y con todo eso creía y pensaba que era todo sueño lo que veía y lo que tocaba; porque quién podia pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser Gobernador de Insulas? Ya sabes tú, amigo, que decia mi madre que era menester vivir mucho para ver mucho: dígolo, porque pienso ver mas si vivo mas, porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la Duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la corte: mírate en ello; y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristan, no pueden creer que eres Gobernador, y dicen que todo es embeleco ó cosas de encantamento, como son todas las de D. Quixote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á sacarte el Gobierno de la cabeza, y á D. Quixote la locura de los cascos: yo no

hago sino reirme, y mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Envíame tú algunas sartas de perlas, si se usan en esa Insula. Las nuevas de este lugar son, que la Barrueca casó á su hijo con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo à pintar lo que saliese: mandóle el Concejo pintar las Armas de su Magestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los quales no pintó nada, y dixo que no acertaba á pintar tantas baratijas; volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen oficial: verdad es que ya ha dexado el pincél, y tomado el azada, y va al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de Grados y Corona, con intencion de hacerse Clérigo: súpolo Minguilla la nieta de Mingo Silvato, y hale puesto demanda de que le tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren decir que ha estado en cinta de él; pero él lo niega á pies juntillas. Ogaño no hay aceytunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino tres mozas de este pueblo; no te quiero decir quien son, quizá volverán, y no faltará quien las tome por mugeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas, gana cada dia ocho ma-

ravedis borros, que los va echando en una alcancía para ayuda de su ajuar; pero ahora que es hija de un Gobernador, tú le darás la dote, sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó. Un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta de esta, y la resolucion de mi ida á la corte. Y con esto Dios te me guarde mas años que á mí, ó tantos, porque no querria dexarte sin mí en este mundo.

Tu muger
Teresa Panza.

Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba á D. Quixote, que asimismo se leyó públicamente, la qual puso en duda la sandéz del Gobernador. Retiróse la Duquesa para saber del page lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el qual se lo contó muy por extenso, sin dexar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y mas un queso que Teresa le dió, por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon. Recibiólo la Duquesa con grandísimo gusto, con el qual le dexaremos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los Insulanos Gobernadores.

LIBRO OCTAVO

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPÍTULO LIII.

Del fatigado fin y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Panza.

Pensar que en esta vida las cosas de ella han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. La primavera sigue al verano, el verano al estío, el estío al otoño, el otoño al invierno, y el invierno á la primavera: y asi torna á andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre á su fin ligera mas que el tiempo, sin esperar renovarse sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético; porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro autor lo dice por la presteza

con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el Gobierno de Sancho; el qual estando la séptima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar parecer, y de hacer estatutos y pragmáticas, quando el sueño, á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y de campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó mas confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie, se puso unas chinelas, por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo quando vió venir por unos corredores mas de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvaynadas, gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor Gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y somos perdidos si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oía y veía; y quando llegaron

á él, uno le dixo: ármese luego V. S. si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Qué me tengo de armar, respondió Sancho, ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dexarlas para mi amo D. Quixote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro, que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada de estas priesas Ah Señor Gobernador, dixo otro, qué relente es ese! ármese v. md., que aqui le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guia y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Gobernador. Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le truxeron dos paveses, que venian proveidos de ellos; y le pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un paves delante, y otro detrás, y por unas concavidades que traian hechas, le sacaron los braxos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo, que quedó emparedado y entablado, derecho como un uso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la qual se arrimó para poder tenerse en pie. Quando asi le tuvieron, le dixeron que caminase, y los guiase y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de

las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algun postigo, que yo le guardaré, ó con esta lanza, ó con mi cuerpo. Ande, Señor Gobernador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el paso. Acabe y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, las voces se aumentan, y el peligro carga; por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre Gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien asi como barca que da al traves en la arena; y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, antes apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera, metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasára muy mal el pobre Gobernador, el qual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase; unos tropezaban en él, otros caían, y tal hubo, que se puso encima un buen

espacio, y desde alli, como desde atalaya, gobernaba los exércitos, y á grandes voces decia: aqui de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se atranquen, vengan alcancías, pez, y resina en calderas de aceyte ardiendo, trínchense las calles con colchones; en fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad. Y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: ó si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta Insula, y me viese yo, ó muerto, ó fuera de esta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y quando menos lo esperaba oyó voces que decian, victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, señor Gobernador, levántese vuestra merced, y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor de ese invencible brazo. Levántenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie, dixo: el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente; yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me de un trago de vino, que me seco, y me en-

xugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, truxéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo; ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho los templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era? respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban y esperaban en qué habia de parar la priesa conque se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido, y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que alli se hallaban; y llegándose al Rucio, le abrazó, y le dió un beso de paz en la frente; y no sin lágrimas en los ojos, le dixo: venid vos acá, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dexé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y quatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimesmo enalbardando

al asno, sin que nadie nada le dixese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al Mayordomo, al Secretario, al Maestresala y á Pedro Recio el Doctor y á otros muchos que allí presentes estaban, dixo: abrid camino, señores mios, y dexadme volver á mi antigüa libertad: dexadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite de esta muerte presente: yo no nací para Gobernador, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas: mejor se me entiende á mi de arar, cavar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender provincias ni reynos: bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido: mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de Gobernador; más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente que me mate de hambre, y mas quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad; que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de olanda, y vestirme de martas cebollinas; vuesas mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blan-

ca entré en este Gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas; y apártense, déxenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costilas: merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser asi, señor Gobernador, dixo el Doctor Recio, que yo le daré á v. m. una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor; y en lo de la comida, yo prometo á v. md. de enmendarme, dexándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho, asi dexaré de irme, como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que asi me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas: yo soy del linage de los Panzas, que todos son testarudos; y si una vez dicen nones, nones han de ser aunque sean pares, á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el ayre para que me comiesen vencejos y otros páxaros, y volvamos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordovan, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja; y nadie tienda mas la pierna de quanto fuere larga la sábana: y dé-

xenme pasar, que se me hace tarde. A lo què el Mayordomo dixo; señor Gobernador, de muy buena gana dexarémos ir á v. m. puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su christiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo Gobernador está obligado antes que se ausente de la parte donde ha gobernado á dar primero residencia: déla vuestra merced de los diez dias que ha que tiene el Gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenare el Duque mi señor; yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: quanto mas, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Doctor Recio, y que soy de parecer que le dexemos ir, porque el Duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo que no queria mas de un poco de cebada para el Rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dexó admirados asi de sus razones, como de su determinacion tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta Historia, y no á otra alguna.

Resolviéronse el Duque y la Duquesa de que el desafio que D. Quixote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante, y puesto que el mozo estaba en Flandes, donde se habia ido huyendo, por no tener por suegra á Doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo Gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De alli á dos dias dixo el Duque á D. Quixote, como desde alli á quatro vendria su contrario, y se presentaria en el campo armado como Caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él la hubiese dado palabra de casamiento. D. Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se extendia el valor de su poderoso brazo; y asi con alborozo y contento esperaba los quatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo quatrocientos siglos. Dexémoslos pasar nosotros (como dexá-

mos pasar otras cosas) y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el Rucio á buscar á su amo, cuya compañia le agradaba mas que ser Gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió pues que no habiéndose alongado mucho de la Insula de su gobierno, que él nunca se puso á averiguar si era ínsula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba, vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, de estos extrangeros que piden la limosna cantando; los quales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna lo que en su canto pedian; y como él (segun dice Cide Hamete) era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo, diciéndoles por señas, que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixeron: guelte, guelte. No entiendo, respondió Sancho, que es lo que me pedis, buena gente. Entonces uno de ellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros; y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia os-

tugo de moneda, y picando al Rucio, rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno de ellos con mucha atencion, arremetió á él, y echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana, dixo: válame Dios! qué es lo que veo? es posible que tenga en mis brazos á mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del estrangero peregrino; y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino, le dixo: cómo, y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entónces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle; y finalmente, le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dixo: quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese trage de moharracho que traes? Dime, quién te ha hecho franchote; y cómo tienes atrevimiento de vover á España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy que en este trage no habrá nadie que me conozca, y apartémonos del camino á aquella alameda que alli

parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y alli comerás con ellos, que son muy apreciable gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido, despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su Magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo asi Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos, y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traían alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo; y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dexaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron aceytunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas: pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trans-

formado de Morisco en Aleman ó en Tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto, y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa; y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el ayre, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la puntería; y de esta manera, meneando las cabezas á un lado, y á otro (señales que acreditaban el gusto que recibian) se estuvieron un buen espacio trasegangando en sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir el refran que él muy bien sabia, que quando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su puntería como los demas, y no con menos gusto que ellos: quatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas; pero la quinta nó fué posible, porque ya estaban mas enxutas y secas que un esparto: cosa, que puso mustia la alegria que hasta alli habian mostrado. De quando en quando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia, Español y Tudesqui tuto uno, bon compaño. Y Sancho respondia: bon compaño, jura Di, y disparataba con una risa, que le duraba una hora, sin acordarse enton-

ces de nada de lo que le habia sucedido en su Gobierno; porque sobre el rato y tiempo quando se come y bebe poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido mas, y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dexando á los peregrinos sepultados en dulce sueño; y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dixo las siguientes razones.

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que su Magestad mandó publicar contra los de mi nacion puso terror y espanto con todos nosotros: á lo menos en mí le puso, de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena executado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer, como prudente: (bien asi como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordené, digo, de salir yo solo sin familia de mi pueblo, y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron; porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos que aque-

llos pregones no eran solo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes que se habian de poner en execucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad, saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion; no por que todos fuésemos culpados, que algunos habia christianos firmes y verdaderos, pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar: do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berbería y en todas las partes de África, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, alli es donde mas nos ofenden y maltratan: no hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se vuelven á ella, y dexan allá sus mugeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor

que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo: pasé á la Italia, y llegué á Alemania, y alli me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos de ellos cada año á visitar los santuarios de ella, que los tienen por sus Indias, y por certísima grangería y conocida ganancia: ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reyno, y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dexé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y

mi muger, que sé que estan en Argél, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi muger son católicas christianas; y aunque yo no lo soy tanto, todavía tengo mas de christiano que de moro: y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es, no saber porqué se fué mi muger y mi hija antes á Berbería que á Francia, donde podia vivir como christiana. A lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopeyo el hermano de tu muger, y como debe de ser fino moro, fuese á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en valde á buscar lo que dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu muger muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, respondió Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman; y así, si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sa-

bes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera respondió Sancho, pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dexé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata; y asi por esto como por parecerme haria traicion á mi Rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y qué oficio es el que has dexado, Sancho? preguntó Ricote. He dexado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fé que no halle otra como ella á tres tirones. Y dónde está esa ínsula? preguntó Ricote. Adónde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla, Sancho, dixo Ricote, que las ínsulas estan allá dentro de la mar; que no hay ínsulas en la tierra firme. Cómo no? replicó Sancho; dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí de ella, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos, son acosta de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento;

porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud: yo no te entiendo, Sancho, dixo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate, que quien te habia de dar á ti ínsulas que gobernases? faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dexé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buen hora tu camino, y déxame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde; y lo malo, ello y su dueño. No quiero porfiar, Sancho, dixo Ricote; pero dime, hallástete en nuestro lugar quando se partió de él mi muger, mi hija y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla quantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo: iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á quantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su Madre: y esto con tanto sentimiento, que á mí me hizo llorar, (que no suelo ser muy lloron) y á fé que muchos

tuvieron deseo de esconderla, y salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado D. Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con christianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo, atendia á ser mas christiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes de ese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déxame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino: y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

CAPÍTULO LV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras, que no hay mas que ver.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del Duque, puesto que llegó media legua de él, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano no le dió mucha pesadumbre, y asi se apartó del camino con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el Rucio en una honda y escurísima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué asi, porque á poco mas de tres estados dió fondo el Rucio, y él se halló encima de él, sin haber recibido lesion ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estaba sano ó agugereado por alguna parte, y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos: tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si sería posible salir de

ella sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyó que el Rucio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Panza, y quán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! Quién dixera que el que ayer se vió entronizado Gobernador de una Insula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro! aqui habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso; á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor D. Quixote de la Mancha quando descendió y baxó á la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta, y á cama hecha: alli vió él visiones hermosas y apacibles; y yo veré aqui, á lo que creo, sapos y culebras: desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aqui sacarán mis huesos (quando el cielo sea servido que me descubran) mondos, blancos y raidos, y los de mi buen Rucio con ellos, por donde quizá se echará de ver quien so-

mos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros, donde ya que no hallára remedio nuestra desgracia, no faltára quien de ella se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos!

O compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! perdóname, y pide á la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos saque de este miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. De esta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba, sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor vió Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse, y dar voces, por ver si alguno le oía; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el Rucio

boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener: y sacando de las alforjas (que tambien habian corrido la mesma fortuna de la caida) un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díxole Sancho, como si le entendiera: todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona, si se agoviaba y encogia: acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dedentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol que lo descubria todo; vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo qual, volvió á salir adonde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero de modo, que en poco espacio hizo lugar, donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo; y cogiendole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte; á veces iba á escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. Válame Dios todo poderoso! decia entre sí; esta que para mi es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo D. Quixote; él sí que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y es-

trecheza á algun florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo, y menoscabo de ánimo, á cada paso pienso que debaxo de los pies de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal si vienes solo. De esta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel (para él) camino de la otra vida. Aquí le dexa Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quixote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenian fecho. Sucedió pues que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los pies tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegándose algo mas cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente, pudo percibir y entender que el que las daba decia: ah de arriba; hay algun christiano que me escu-

che? ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? de un desdichado desgobernado Gobernador? Parecióle á D. Quixote que oía la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: quién está allá baxo? quién se queja? Quién puede estar aqui, ó quién se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, Gobernador por sus pecados y por su mala andanza de la Insula Barataria, escudero que fué del famoso caballero D. Quixote de la Mancha? Oyendo lo qual D. Quixote se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo, viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba alli penando su alma; y llevado de esta imaginacion, dixo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico christiano, que me digas quién eres; y si eres alma en pena, díme qué quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por sí propios. De esa manera, respondieron, v. md. que me habla debe de ser mi señor D. Quixote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz no es otro sin duda. D. Quixote soy, replicó D. Quixote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos. Por eso, dime,

quién eres que me tienes atónito; porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa Madre la Iglesia católica Romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo, que lo solicitaré con ella por mi parte con quanto mi hacienda alcanzare; por eso acaba de declararte, y díme quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien v. md. quisiere juro, señor D. Quixote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que habiendo dexado mi gobierno por cosas y causas que es menester mas espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el Rucio conmigo, que no me dexará mentir, pues por mas señas está aqui conmigo: y hay mas, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dixo D. Quixote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oygo, Sancho mio: espérame: iré al castillo del Duque, que está aqui cerca, y traeré quien te saque de esta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya v. md., dixo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aqui sepultado en vi-

da, y me estoy muriendo de miedo. Dexóle D. Quixote, y fué al castillo á contar á los Duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos inmemoriales estaba alli hecha; pero no podian pensar como habia dexado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al Rucio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dixo: de esta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dixo: ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los quales no me ví harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos, ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto asi, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le está bien á cada uno; y qual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay

estacas, y Dios me entiende, y basta, y no digo mas, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar; ven tú con segura conciencia, y digan lo que dixeren; y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladron; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladron. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el Duque y la Duquesa esperando á D. Quixote y á Sancho, el qual no quiso subir á ver al Duque sin que primero no hubiese acomodado al Rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió á ver á sus señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: yo, señores, porque lo quiso asi vuestra grandeza, sin ningun merecimiento mio, fuí á gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entré desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido asi el Doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuer-

ra, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y asi, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dexé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y texados que tenia quando entré en ella. No ha pedido prestado á nadie, ni metídome en grangerías; y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habian de guardar, que es lo mesmo hacerlas, que no hacerlas. Salí, como digo, de la ínsula sin otro acompañamiento que el de mi Rucio, caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol ví la salida, pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor Don Quixote, allí me quedara hasta la fin del mundo. Así que, mis señores Duque y Duquesa, aquí está vuestro Gobernador Sancho Panza, que ha grangeado en solo diez dias que ha tenido el gobierno, conocer que no se le ha

de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vs. mds. los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor D. Quixote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace, que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quixote que habia de decir en ella millares de disparates, y quando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon gracias al cielo; y el Duque abrazó á Sancho, y le dixo que le pesaba en el alma de que hubiese dexado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga, y de mas provecho. Abrazóle la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quixote de la Mancha y el lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la dueña Doña Rodriguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron, y mas que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente, les encareció el asalto de la ínsula, y el miedo de Sancho y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues de esto cuenta la historia, que se llegó el dia de la batalla aplazada: y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de avenir con D. Quixote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas diciendo á D. Quixote, que no permitia la christiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentasen con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D Quixote dixo,

que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el Duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo y las dueñas, madre y hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian, ni los que habian muerto: el primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo, y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño ni otra cosa encubierta donde se tropezase y cayese. Luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aún hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quixote en la estacada. De alli á poco acompañado de muchas trompetas asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo, de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor, de cómo se habia de portar con el valeroso

D. Quixote de la Mancha; advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedia; llamó el maese de campo á D. Quixote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles, si consentian que volviese por su derecho D. Quixote de la Mancha. Ellas dixeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese, lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la qual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes, que si D. Quixote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el ayre el son de las trompetas; temblaba debaxo de los pies la tierra; estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el bueno ó mal suce-

so de aquel caso. Finalmente, D. Quixote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que quando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa muger que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y asi, llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le embasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte; y púdolo hacer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues que quando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad; y asi no atendió al son de la trompeta como hizo D. Quixote, que apenas la hubo oido, quando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo; y viéndole partir su buen escudero Sancho, dixo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los Andantes Caballeros: Dios te dé la vic-

toria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quixote, no se movió un paso de su puesto, antes con grandes voces llamó al maese de Campo, el qual venido á ver lo que queria le dixo: señor, esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Asi es, le fué respondido. Pues yo, dixo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla: y asi digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de Campo de las razones de Tosilos; y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de Campo le fué á declarar lo que Tosilos decia; de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó á donde Doña Rodriguez estaba, y dixo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleytos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso D. Quixote, y dixo: pues esto asi es, yo quedo libre y suelto de mi promesa; cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, S. Pedro se la bendiga.

El Duque habia baxado á la plaza del castillo, y llegándo á Tosilos, le dixo: Es verdad, caballero que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Si señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dixo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la zelada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro del lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez y su hija, dando grandes voces, dixeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo. Justicia de Dios y del Rey, de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dixo D. Quixote, que ni esta es malicia ni bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este que decis que es lacayo del Duque; tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque, que esto

oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dixo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quixote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos de este ardid y maña: dilatemos el casamiento quince dias, si quieren, y tengamos encerrado á este personage que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rencor que los encantadores tienen al señor D. Quixote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones. O Señor! dixo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo: un Caballero que venció los dias pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del Bachiller Sanson Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora; y asi imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez: séase quien fuere este que me pide por esposa, (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su transformacion. Aclamaron todos la

victoria por D. Quixote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes; bien asi como los muchachos quedan tristes quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y D. Quixote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPÍTULO LVII.

Que trata de como D. Quixote se despidió del Duque; y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quixote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia; que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dexarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleytes que como á Caballero Andante aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento; y asi pidió un dia licencia á los Duques para partirse: diéronsela con mu-

tras de que en gran manera les pesaba de que los dexase. Dió la Duquesa las cartas de su muger á Sancho Panza, el qual lloró con ellas, y dixo: quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quixote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es, enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida: lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno quando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo de él; y asi podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida; y saliendo D. Quixote, habiéndose despedido la noche antes de los Duques una mañana, se presentó armado en la plaza del castillo, mirábanle de los corredores toda la gente del castillo; y asimismo los Duques, salieron á verle. Estaba Sancho sobre su Rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque

el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino; y esto aún no lo sabia D. Quixote. Estando, como queda dicho, mirándole todos á deshora, entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dixo:

Escucha mal Caballero,
Deten un poco esas riendas,
No fatigues las hijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla
Que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas (llevar impio!)
En las garras de tu cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,

Que al marmol puro se igualan
En lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

De ese Sancho tu escudero
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tú tienes
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se vuelvan,
En sueños tus pasatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso
Desde Sevilla á Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres á Ingalaterra.
Si jugares al reynado,
Los cientos ó la primera,
Los Reyes huyan de ti,

Ases ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quédente los raygones,
Si te sacaren las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora la estuvo mirando D. Quixote; y sin responderla palabra volviendo el rostro á Sancho, le dixo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad: dime, llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo, pero las ligas, como por los cerros de Úbeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas: y como no estaba advertida de esta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donayre, y dixo: no me parece bien, señor Caballero, que habiendo recibido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no cor-

responden á vuestra fama: volvedla las ligas, sino, yo os desafio á mortal batalla sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene: las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco: y si vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle: yo, señor Duque, jamas he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexe de su mano. Esta doncella habla (como ella dice) como enamorada, de lo que yo no la tengo culpa; y asi no tengo de que pedirla perdon, ni á ella ni á V. Exc. á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, señor D. Quixote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías, y andad con Dios, que mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches

(ó valeroso D. Quixote) dixo entonces Altisidora, y es que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. No lo dixe yo? dixo Sancho, bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion de mi Gobierno. Abaxó la cabeza D. Quixote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes; y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre D. Quixote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Quando D. Quixote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus Caballerias; y volviéndose á Sancho, le dixo: la libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar

encubre; por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo y la abundancia que en este castillo que dexamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados, y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios; que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dexan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dixo Sancho, que v. md. me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte doscientos escudos de oro que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los Andantes Caballero y Escudero, quando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de

sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores: junto á sí tenian unas como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debaxo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quixote á los que comian, y saludándoles primero cortesmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrian? Uno de ellos le respondió: señor, debaxo de estos lienzos estan unas imágines de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quixote, holgaria de verlas, pues imágines que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y como si lo son, dixo otro, sino dígalo lo que cuestan, que en verdad, que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados; y porque vea v. md. esta verdad, espere v. md. y verla ha por vista de ojos; y levantándose, dexó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen, que mostró ser la de S. Jorge puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse: toda la imágen parecia un asqua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quixote, dixo: este Caballero fué uno de los mejores

Andantes que tuvo la milicia divina: llamóse D. San Jorge, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra: descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martin, puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto D. Quixote, quando dixo: este Caballero tambien fué de los aventureros christianos, y creo, que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad, y sin duda debia de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dixo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dice: que para dar y tener seso es menester. Rióse D. Quixote, y pidió que quitasen otro lienzo, debaxo del qual se descubrió la imágen del Patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros, y pisando cabezas; y en viéndolo dixo D. Quixote: este sí que es Caballero, y de las esquadras de Christo; éste se llama D. S. Diego Matamoros, uno de los mas valientes Santos, y Caballeros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de San Pablo del caballo abaxo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse: quando le vido tan al vivo, que dixeran que Chris-

to le hablaba, y Pablo respondia. Este, dixo D. Quixote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas, Caballero Andante por la vida, y Santo á pie quedo por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesu Christo. No habia mas imágines, y asi mandó D. Quixote que las volviesen á cubrir, y dixo á los que las llevaban: por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos Santos y Caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el exercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, (porque el cielo padece fuerza) y yo hasta agora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dixo Sancho á esta ocasion. Admirándose los hombres, asi de la figura, como de las razones de D. Quixote, sin entender la mitad de lo que

en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágines, y despidiéndose de D. Quixote, siguieron su viage. Quedó Sancho de nuevo, como si jamas hubiera conocido á su Señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y díxole: en verdad, Señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: de ella habemos salido sin palos ni sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dixo D. Quixote, pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un frayle de la Orden del bienaventurado S. Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas, y vuélvese á su

casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias, con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á África, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados, pero él abrazándose con el suelo, dixo: no te me podrás huir, África, porque te tengo asida y entre mis brazos. Asi que, Sancho, el haber encontrado con estas imágines ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo asi lo creo, respondió Sancho, y querria que v. m. me dixese qué es la causa porque dicen los españoles quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros, Santiago, y cierra España? Está por ventura España abierta., de modo que es menester cerrarla? ó qué ceremonía es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió D. Quixote, y mira que este gran Caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por Patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y asi le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces le han visto visiblemente en ellas,

derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos esquadrones, y de esta verdad te pudiera traer muchos exemplos que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dixo á su amo: maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la Duquesa; bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman amor, que dicen que es un rapaz cieguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir, sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas, pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dixo D. Quixote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos; y tiene la misma condicion que la muerte, que asi acomete los altos alcázares de los reyes, como la humildes chozas de los pastores; y quando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza; asi, sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima. Crueldad notoria! dixo Sancho: desagradecimiento inaudito! yo de mí sé decir, que me rindiera y avasallara la mas

mínima razon amorosa suya: hi de puta, y qué corazon de marmol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa; pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en v. m., que asi la rindiese y avasallase: qué gala, qué brio, qué donayre, qué rostro, que cada cosa por sí de estas ó todas juntas la enamoraron? que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á v. m. desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo mas cosas para espantar, que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo v. m. ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quixote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma campéa y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y quando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suelen hacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso; pero tambien conozco que no soy disforme, y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una

selva que fuera del camino estaba ; y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas; y sin poder imaginar qué pudiese ser aquello, dixo á Sancho: paréceme, Sancho, que esto de estas redes debe de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar; que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas y detener mi camino, como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido; pues mándoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durísimos diamantes ó mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los herreros enredó á Venus y á Marte, asi las rompiera como si fuera de juncos marinos, ú de hilachas de algodon; y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron adelante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traían los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los quales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxaba de los quince, ni pasaba de los

diez y ocho; vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quixote, hizo parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio á todos quatro: en fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dixo á D. Quixote: detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí estan tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar, para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mugeres y hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentísimo Camoes, en su misma lengua portuguesa, las quales hasta agora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aqui llegamos, tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el márgen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza, tendi-

mos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples paxarillos que oxeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas: si gustais, Señor, de ser nuestro huesped, sereis agasajado liberal y cortesmente, porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía: calló, y no dixo mas. A lo que respondió Don Quixote: por cierto, hermosísima señora, que no debió de quedar mas suspenso ni admirado Anteon quando vió al improviso bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza; alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar; porque no es otra la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa; y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas. Y porque deis algun crédito á esta mi exâgeracion, ved que os lo promete por lo menos D. Quixote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. Ay amiga de mi alma, dixo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! Ves este señor que tenemos delante?

pues hágote saber que es el mas valiente, el mas enamorado y el mas comedido que tiene el mundo; si no es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido; yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se igualen. Asi es la verdad, dixo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que v. m. dice: y este señor es mi amo, el mismo D. Quixote de la Mancha historiado y referido. Ay! dixo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito de ello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo, dicen de él, que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo D. Quixote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza; no os canseis, señoras, en detenerme; porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dexan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los quatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia; contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valero-

so D. Quixote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia, por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas: húbolo de conceder D. Quixote, y asi lo hizo. Llegó en esto él oxeo, llenáronse las redes de paxarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caían en el peligro de que iban huyendo: juntáronse en aquel sitio mas de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas; y en un instante quedaron enteradas de quienes eran D. Quixote y su escudero; de que no poco contento recibieron, porque ya tenian de él noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias; honraron á D. Quixote, dándole el primer lugar en ellas; mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quixote la voz, y dixo: entre los pecados mayores que los hombres cometen, (aunque algunos dicen que es la soberbia) yo digo que es el desagradecimiento; ateniéndome á lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno: este pecado, en quanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y

quando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras, si pudiera: porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan; y asi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido á la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha; y asi digo que sustentaré dos dias naturales en metad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aqui estan son las mas hermosas doncellas y mas corteses que hay en el mundo, exceptando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de quantos y quantas me escuchan: oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz dixo: es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo

que mi amo ha dicho? ni hay Caballero Andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido? volvióse D. Quixote á Sancho, y encendido el rostro, y colérico, le dixo: es posible, ó Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto, aforrado de lo mismo? con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla, y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante, vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos á todos quantos quisieren contradecirla; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dexando admirados á los circunstantes, haciéndoles dudar, si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian, con todo esto salió D. Quixote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo, y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su Rucio con to-

da la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues D. Quixote en mitad del camino (como os he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: ó vosotros, pasageros y viandantes, caballeros y escuderos, gente de á pie y de á caballo, que por este camino pasais ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que D. Quixote de la Mancha, Caballero Andante, está aqui puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras de estos prados y bosques, dexando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por eso, el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres á acaballo, y muchos de ellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados de tropél y á gran priesa: no los hubieron bien visto los que con D. Quixote estaban, quando, volviendo las espaldas, se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo D. Quixote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con

la ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos que venia mas adelante, á grandes voces comenzó á decir á Don Quixote: apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quixote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas: confesad, malandrines, asi á carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, si no, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera; y asi el tropél de los toros bravos, y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes, que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quixote, y sobre Sancho, Rocinante y el Rucio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quixote, aporreado el Rucio, y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos; y D. Quixote á gran priesa, tropezando aqui, y cayendo alli, comenzó á correr tras la vacada, diciendo á voces: deteneos, y esperad, canalla malandrina, que un solo Caballero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye hacerle la puente de plata; pero no por eso se detuvieron los apresurados corredo-

res, ni hicieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quixote, y mas enojado que vengado se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el Rucio llegasen: llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con mas verguenza que gusto siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quixote.

Al polvo y al cansancio que D. Quixote, y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros socorrió una fuente clara y limpia que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la qual, dexando libres, sin xáquima y freno al Rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la reposteria de sus alforjas, y de ellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enxuagóse la boca, lavóse D. Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia D. Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido, y esperaba á que su se-

ñor hiciese la salva; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dixo D. Quixote, sustenta la vida, que mas que á mí te importa, y déxame morir á mí á manos de mis pensamientos, y á fuerza de mis desgracias: yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: al cabo al cabo, quando esperaba palmas, triunfos y coronas, grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado, y molido de los pies de animales inmundos y soeces: esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer, de manera, que pienso dexarme morir de hambre: muerte la mas cruel de las muertes. De esa manera, dixo Sancho, (sin dexar de mascar apriesa) no aprobará v. m. aquel refran que dicen: muera Marta, y muera harta; yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta

que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse, como vuesa merced: y créame, y despues de comido, échese á dormir un poco sobre los colchones verdes de estas yerbas, y verá como quando despierte se halla algo mas aliviado. Hízolo asi D. Quixote, pareciéndole que las razones de Sancho mas eran de filósofo que de mentecato, y díxole: si tú (ó Sancho!) quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aqui, y con las riendas de Rocinante, echando al ayre tus carnes, te dieses trescientos ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dixo Sancho, durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa recia, y mas si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que quando menos se ca-

te me verá hecho una criva de azotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero decir, que aun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quixote, comió algo, y Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dexando á su albedrio y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el Rucio. Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta, que al parecer una legua de alli se descubria: digo que era venta, porque D. Quixote la llamó asi, fuera del uso que tenia de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si habia posada? Fuéles respondido que sí, con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que D. Quixote (que estaba sentado sobre un poyo) le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora de cenar, recogiéronse á su estancia: preguntó Sancho al huésped, que qué tenia para darles de cenar? A lo que el huésped respondió, que su boca sería medida, y asi que pidiese lo que quisiese, que de

las paxaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendrémos lo suficiente, porque mi señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped, que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dixo Sancho, asar una polla que sea tierna. Polla, mi padre, respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas, pida v. md. lo que quisiere. De esa manera dixo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa, por ahora respondió el huésped, no lo hay porque se ha acabado, pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho, yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentíl relente el que mi huésped tiene; pues hele dicho, que ni tengo pollas ni gallinas, y quiere que tenga huevos? discurra, si quisiere, por otras delicadezas; y déxese de pedir gallinas. Resolvamos, cuerpo de mí, dixo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déxese de discurrimientos, señor huésped. Dixo el ventero: lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de baca, que parecen manos de ternera, ú dos manos de ter-

nera, que parecen uñas de vaca: estan cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora estan diciendo, cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daria nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dixo Sancho, ninguno mas que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le habia preguntado qué oficio ó qué exercicio era el de su amo? Llegóse pues la hora de cenar, recogióse á su estancia D. Quixote, truxo el huésped la olla asi como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Párece ser que en otro aposento que junto al de D. Quixote estaba, que no le dividia mas que un sutíl tabique, oyó decir D. Quixote: por vida de v. md., señor D. Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de D. Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre D. Quixote, quando se puso en pie, y con oido alerto escuchó lo que de él trataban, y

oyó que el tal D. Gerónimo referido respondió: para qué quiere v. md., señor D. Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leido la primera parte de la historia de D. Quixote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dixo el D. Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en éste mas desplace es, que pinta á D. Quixote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual D. Quixote, lleno de ira y de despecho alzó la voz, y dixo: quien quiera que dixere que D. Quixote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quixote puede caber olvido; su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere? que al buen pagador no le duelen prendas. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de D. Quixote, le dixo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nom-

bre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda, vos señor, sois el verdadero D. Quixote de la Mancha, norte y lucero de la Andante Caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor de este libro que aqui os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó D. Quixote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: en esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehension. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo. La otra, que el lenguage es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. Y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es, que yerra y se desvía de la verdad en lo mas principal de la historia; porque aqui dice que la muger de Sancho Panza mi escudero se llama Mari-Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. A esto dixo Sancho: donosa cosa de historiador! Por cierto bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi muger Mari-Gutierrez; torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí, y si me ha mudado el nombre. Por lo que os he oido hablar, amigo, dixo D. Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza el escudero del señor D. Quixo-

te? Sí soy, respondió Sancho, y me precio de ello. Pues á fé, dixo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra: píntaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dixo Sancho, dexáranme en mi rincon, sin acordárse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quixote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quixote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedóse Sancho con la olla con mero mixto imperio: sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quixote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza se acordaba (guardando su honestidad y buen decoro) de los amorosos pensamientos del señor D. Quixote? A lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca, las correspondencias en su sequedad antigua: su hermosura en la de una soez labradora transformada; y luego les fué contan-

do punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueba de Montesinos, con la órden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á D. Quixote los extraños sucesos de su historia; y asi quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba: aqui le tenian por discreto, y alli se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho x al ventero, se pasó á la estancia de su amo; y en entrando, dixo: que me maten, señores, si el autor de este libro que vs. mds. tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querria que ya que me llaman comilon, como vs. mds. dicen, no me llamase tambien borracho. Sí llama, dixo Don Gerónimo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son mal sonantes las razones y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buen Sancho, que está presente. Créanme vs. mds., dixo Sancho, que el Sancho y el D. Quixote de esa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros; mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo asi lo creo, dixo D. Juan; y si

fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas de D. Quixote si no fuese Cide Hamete su primer autor: bien asi como mandó Alexandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retráteme el que quisiere dixo D. Quixote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quixote, de quien él no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, quanto mas las ojos. Preguntáronle, que á donde llevaba determinado su viage? Respondió que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnés que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dixole D. Juan, que aquella nueva historia contaba como D. Quixote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el

mismo caso, respondió D. Quixote, no pondré los pies en Zaragoza; y asi sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes, como yo no soy el D. Quixote que él dice. Hará muy bien, dixo D. Gerónimo; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quixote mostrar su valor Asi lo pienso hacer dixo Don Quixote, y vs. mds. me den licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dixo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quixote y Sancho se retiraron á su aposento, dexando á D. Juan y á D. Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura; y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos D. Quixote y Sancho, y no los que describia su autor Aragonés. Madrugó D. Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes: pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á D. Quixote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimesmo el dia en que D. Quixote salió de la venta, informándose primero qual era el mas derecho camino para ir á Barcelona, sin tocar en Zaragoza; tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso á aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba: Sucedió pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura; al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho que habia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quixote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares; ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos; ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea; ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Mer-

lin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea; desesperábase de ver la floxedad y caridad poca de Sancho su escudero; pues á lo que creía solos cinco azotes se habia dado; número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban: y de esto recibió tanta pesadumbre y enojo, qué hizo este discurso: si nudo gordiano cortó el Magno Alexandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dexó de ser universal señor de toda el Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion de este remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro? pues la substancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion, que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los greguescos; pero apenas hubo llegado, quando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dixo: qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió D. Quixote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos; véngote á azotar Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obliga-

te. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando, y asi desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad, por lo menos, dos mil azotes. Eso no, dixo Sancho, v. md. se esté quedo; si no, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios, y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á v. md. mi palabra de vapularme y mosquearme quando en voluntad me viniere. No hay dexarlo á tu cortesía, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes; y asi procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla, dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho; y con las manos le tenia las manos, de modo, que ni le dexaba rodear ni alentar. D. Quixote le decia: cómo traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? con quien te da su pan te atreves? Ni quito rey, ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: v. md. me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora que yo le dexaré libre y desembarazado, donde no, aqui morirás traidor enemigo de Doña Sancha. Prometióselo D. Quixote, y juró por vida de

sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria en toda su voluntad y albedrio el azotarse quando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos, topó con dos pies de persona con zapatos y calzas: tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á D. Quixote, que le favoreciese. Hizólo asi D. Quixote, y preguntándole, qué le habia sucedido y de qué tenia miedo? le respondió Sancho; que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos D. Quixote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser; y díxole á Sancho: no tienes de que tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no vés, sin duda son de algunos foragidos y vandoleros que en estos árboles estan ahorcados, que por aqui los suele ahorcar la Justicia quando los coge, de veinte en veinte, y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y asi era la verdad como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos, y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de vandoleros. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habian espantado, no menos los atribularon mas de quarenta vandoleros vivos, que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana, que

estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse D. Quixote á pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente sin defensa alguna; y asi tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los vandoleros á espulgar al Rucio, y á no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas y la maleta traía; y avínole bien á Sancho, que en una ventrera que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que habian sacado de su tierra; y con todo eso, aquella buena gente le escardara, y le mirara hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, si no llegara en aquella sazon su capitan, el qual mostró ser de hasta de edad de treinta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con quatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que asi llaman á los que andan en aquel exercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y asi se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á D. Quixote armado y pensativo con la mas triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no esteis tan triste, buen hombre,

porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compasivas que de rigorosas. No es mi tristeza, respondió D. Quixote, haber caido en tu poder, ó valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido, que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la Orden de la Andante Caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo; porque te hago saber, ó gran Roque, que si me hallaran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy D. Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de D. Quixote tocaba mas en locura que en valentía; y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reynase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado, para tocar de cerca lo que de lejos de él habia oido; y asi le dixo: valeroso Caballero, no os despecheis ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no ima-

ginados, suele levantar los caidos, y enriquecer los pobres. Ya le iba á dar las gracias Don Quixote, quando sintieron á sus espaldas un ruido como de tropel de caballos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia á toda furia un mancebo, al parecer de hasta de veinte años, vestidó de damasco verde, con pasamanos de oro, gregüescos y saltaembarca, con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga, y espada dorada, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas á los lados: al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando á él dixo: en tu busca venia, ó valeroso Roque, para hallar en ti, si no remedio, á lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quien soy: yo soy Claudia Gerónima, hija de Simon Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que asimismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando, y ya sabes, que este Torrellas tiene un hijo, que D. Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no ha dos horas. Este pues por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamoréme á hurto de mi padre; porque no hay muger, por retirada que esté, y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en execucion y

efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante. Supe ayer que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba á desposarse: nueva que me turbó el sentido, y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que ves; y apresurando el paso á este caballo, alcancé á D. Vicente obra de una legua de aqui, y sin ponerme á dar quejas, ni á oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y á lo que creo le debí de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliese mi honra: alli lo dexo entre sus criados, que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa; vengo á buscarte para que me pases á Francia, donde tengo parientes con quien viva; y asimesmo á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de D. Vicente no se atrevan á tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardía, bizarría, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, la dixo: ven, señora, y vamos á ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos lo que mas te importare. D. Quixote que estaba escuchando atentamente lo que Claudia habia dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dixo: no tiene nadie para qué tomar trabajo en defender á esta señora, que

lo tomo yo á mi cargo; denme mi caballo, y mis armas, y espérenme aqui, que yo iré á buscar á ese Caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. Nadie dude de esto, dixo Sancho, porque mi señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que tambien negaba á otra doncella su palabra, y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora, que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia mas á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando á sus escuderos que volviesen á Sancho todo quanto le habian quitado del Rucio, mandóles asimesmo que se retirasen á la parte donde aquella noche habian estado alojados, y luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar á el herido ó muerto D. Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse á entender (como era la verdad) que debia de ser D. Vicente, á quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle, ó para enterrarle: diéronse priesa á alcanzarlos, que como iban despacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á D. Vicente en los brazos de sus

criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dexasen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia que mas adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbo en ver la de D. Vicente; y asi, entre enternecida y rigurosa se llegó á él, y asiéndole de las manos, le dixo: si tú me dieras estas conforme á nuestro concierto, nunca tú te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo á Claudia, la dixo: bien veo, hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los quales, ni con mis obras jamas quise ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora la hija del rico Balbastro? No por cierto, respondió D. Vicente, mi mala fortuna te debió de llevar esas nuevas para que zelosa me quitases la vida, la qual, pues la dexo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa; y para asegurarte de esta verdad, aprieta la mano, y recíbeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfaccion que darte del agravio que piensas que de mí has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele á ella el corazon, de manera que sobre la sangre y pecho de D. Vicente se quedó desmayada, y á él le tomó un mortal pa-

rasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia qué hacerse: acudieron los criados á buscar agua que echarles en los rostros, y truxéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia, pero no de su parasismo D. Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento que de un lastimado pecho pudiera imaginarse. O cruel é inconsiderada muger (decia) con qué facilidad te moviste á poner en execucion tan mal pensamiento! O fuerza rabiosa de los zelos, á qué desesperado fin conducís á quien os da acogida en su pecho! O esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del tálamo á la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasion. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinar ordenó á los criados de D. Vicente, que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba alli cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dixo á Roque que queria irse á un monasterio donde era abadesa una tia suya, en el

qual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y mas eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender á su padre de los parientes de D. Vicente, y de todo el mundo, si ofenderle quisiese. No quiso su compañía Claudia en ninguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió de él llorando. Los criados de D. Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió á los suyos. Y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima: pero qué mucho, si texieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los zelos! Halló Roque Guinart á sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y á D. Quixote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática, en que les persuadia dexasen aquel modo de vivir tan peligroso, asi para el alma como para el cuerpo; pero como los mas eran gascones, gente rústica y desbaratada, no les entraba bien la plática de D. Quixote. Llegado que fué Roque, preguntó á Sancho Panza, si le habian vuelto y restituido las alhajas y preseas que los suyos del Rucio le habian quitado. Sancho respondió que sí, sino que le faltaban tres tocadores que valian tres ciudades. Qué es lo que dices, hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales? Asi es, dixo Don Quixote; pero estímalos mi escudero en lo que

hadicho, por habérmelos dado quien me los dió. Mandóselos volver al punto Roque Guinart; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas, dineros y todo aquello que desde la última repartición habian robado; y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible, y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía, con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto, ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dixo Roque á D. Quixote: si no se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. A lo que dixo Sancho: segun lo que aqui he visto, es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el qual sin duda le abriera la cabeza á Sancho, si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los labios en tanto que entre aquella gente estuviese. Llegó en esto uno, ó algunos de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso á su mayor de lo que pasaba; y éste dixo: señor, no lejos de aqui, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. A lo que respondió Roque: has echado de ver si son de los

que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aqui luego, sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo asi; y quedándose solos D. Quixote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traían; y en este entretanto dixo Roque á D. Quixote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quixote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que asi le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir mas inquieto ni mas sobresaltado que el nuestro; á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los mas sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado: pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio que se me hizo, asi da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las agenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir de él á puerto seguro. Admirado quedó D. Quixote de oir hablar á Roque tan buenas y concerta-

das razones, porque él se pensaba, que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buen discurso. Y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; v. m. está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios (por mejor decir) que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las quales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro; y mas que los pecadores discretos estan mas cerca de enmendarse que los simples; y pues v. m. ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia: y si v. m. quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser Caballero Andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de D. Quixote, á quien (mudando plática) contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, y dos peregrinos á pie, y un coche de mugeres, con hasta seis criados

que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traían. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase; el qual preguntó á los Caballeros, que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban? Uno de ellos le respondió: señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en quatro galeras que dicen estan en Barcelona con órden de pasar á Sicilia; llevamos hasta doscientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mesmo que á los capitanes. Fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos podrian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien, quién iba en el coche, y adónde, y el dinero que llevaban. Y uno de los de á caballo dixo: Mi señora Doña Guiomar de Quiñones, muger del Regente de la Vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que ya tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesen-

ta, mírese á como le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: viva Roque Guinart muchos años á pesar de los lladres que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos asi un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza; que ya se podia conocer á tiro de arcabuz; y volviéndose á los capitanes, dixo; vs. ms. señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña: porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvo conducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas esquadras mias que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados ni á muger alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera; antes le pidió perdon del agra-

vio que le hacia forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la Regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido, y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria, pero Roque les dixo que se estuviesen quedos; y volviéndose á los suyos, les dixo: de estos escudos dos tocan á cada uno, y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buen escudero, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvo conducto para los mayorales de sus esquadras; y despidiéndose de ellos, los dexó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y extraño proceder, teniéndole mas por un Alexandro Magno que por ladron conocido. Uno de los escuderos dixo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitan mas es para frade, que para vandolero. Si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan paso el desventurado, que dexase de oirlo Roque, el qual, echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: de esta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á

una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso D. Quixote de la Mancha, aquel Caballero Andante, de quien tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el mas gracioso y el mas entendido hombre del mundo, y que de alli á quatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia de todo esto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran de este gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de D. Quixote, y los donayres de su escudero Sancho Panza no podian dexar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de de sus escuderos, que mudando el trage vandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI.

De lo que le sucedió á D. Quixote en la entrada de Barcelona, con otras cosas, que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto.

Tres dias y tres noches estuvo D. Quixote con Roque, y si estuviera trescientos años no

le faltara que mirar y admirar en el modo de su vida; aqui amanecian, acullá comian; unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quien. Dormian en pie interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traían pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estaba; porque los muchos bandos que el Visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traían inquieto y temeroso, y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, ó le habian de matar, ó entregar á la justicia; vida por cierto miserable y enfadosa. En fin; por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, D. Quixote y Sancho, con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de San Juan en la noche, y abrazando Roque á D. Quixote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dexó, con mil ofrecimientos, que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse D. Quixote esperando el dia asi á caballo como estaba, y no tardó mucho quando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lu-

gar de alegrar el oido, aunque al mesmo instante alegraron tambien el oido el son de muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodela por el mas baxo orizonte, poco á poco se iba levantando. Tendieron Don Quixote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto; parecióles espaciosísimo y largo, harto mas que las lagunas de Ruidera que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las quales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el ayre de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas; correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas, y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de cruxía de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal

vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililies y algazara los de las libreas adonde D. Quixote suspenso y atónito estaba; y uno de ellos, que era el avisado de Roque, dixo en alta voz á D. Quixote: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la Caballería Andante, donde mas largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso D. Quixote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal y el fiel que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió D. Quixote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual volviéndose á Sancho, dixo: estos bien nos han conocido; y yo apostaré que han leido nuestra historia, y aun la del Aragonés recien impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á D. Quixote, y díxole: v. md., señor D. Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que D. Quixote

respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero; y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales, se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos de ellos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del Rucio, y el otro la de Rocinante, les pusieron y encaxaron sendos manojos de aliagas: sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera, que dando mil corcobos, dieron con sus dueños en tierra. D. Quixote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumage de la cola de su matalote, y Sancho el de su Rucio. Quisieron los que guiaban á D. Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible, porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguian: volvieron á subir D. Quixote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dexarémos por agora, porque asi lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII.

Que trata de las aventuras de la cabeza encantada, con otras niñerías, que no pueden dexar de contarse.

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de D. Quixote, caballero rico, y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el qual viendo en su casa á D. Quixote, andaba buscando modos como, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á D. Quixote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) á un balcon que salia á una calle de las mas principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante de él los de las libreas, como si para él solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentísimo, por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos,

honrando todos, y tratando á D. Quixote como á Caballero Andante; de lo qual, hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oían. Estando á la mesa, dixo D. Antonio á Sancho: acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es asi, respondió Sancho, porque tengo mas de limpio que de goloso, y mi señor D. Quixote que está delante sabe bien que con un puño de bellotas ú de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias; verdad es, que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla; quiero decir que cómo lo que me dán, y uso de los tiempos como los hallo: y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dixera esto, si no mirara á las barbas honradas que estan á la mesa. Por cierto, dixo D. Quixote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que quando él tiene hambre, parece algo tragon, porque come apriesa, y masca á dos carrillos, pero la limpieza siempre la tiene

en su punto: y en el tiempo que fué Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. Cómo, dixo D. Antonio, Gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una Insula llamada la Barataria: diez dias la goberné á pedir de boca; en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo de ella, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la qual salí vivo por milagro. Contó D. Quixote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á D. Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no habia otra cosa de adorno que una mesa, al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mesmo se sostenia, sobre la qual estaba puesta, al modo de las cabezas de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quixote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo qual, dixo: agora, señor D. Quixote, que estoy enterado que no nos oye ni escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á v. md. una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir, novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á v. md. dixere, lo ha de depositar

en los últimos retretes del secreto. Asi lo juro, respondió D. Quixote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad; porque quiero que sepa v. md., señor D. Antonio, (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar; asi que con seguridad puede v. md. trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fe de esa promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á v. md. en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alvivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quixote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto, tomándole la mano D. Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenia; y luego dixo: esta cabeza, señor D. Quixote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era Polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á quantas cosas al oido le preguntaren: guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, mi-

ró puntos, y finalmente, la sacó con la perfeccion que verémos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es nos ha de hacer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá v. md. prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en quanto responde. Admirado quedó D. Quixote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por ver quún poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala, donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á D. Quixote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo yelo; ordenaron con sus criados, que entretuviesen á Sancho, de modo que no le dexasen salir de casa: iba D. Quixote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado; pusiéronle el balandran, y en las espaldas, sin que él lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *Este es D. Quixote de la Mancha.* En comenzando el paseo llevaba el rétulo

los ojos de quantos venian á verle; y como leían *Este es D. Quixote de la Mancha*, admirábase D. Quixote de ver que quantos le miraban, le nombraban y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dixo: grande es la prerogativa que encierra en sí la Andante Caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire v. md., señor D. Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen. Asi es, señor Don Quixote, respondió D. Antonio, que asi como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida; y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campéa sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas, alzó la voz, diciendo: válgate el diablo por D. Quixote de la Mancha: cómo, que hasta aqui has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á quantos te tratan y comunican; si no, mirénlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu muger y tus hijos, y dé-

xate de estas vaciedades, que te carcomen el seso, y te desatan el entendimiento. Hermano, dixo D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quixote de la Mancha es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare; y andad en hora mala, y no os metais donde no os llaman. Par diez, v. md. tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buen hombre, es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima, que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su Andante Caballería: y en la hora mala que v. md. dixo sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy mas, aunque viviese mas años que Matusalén, diere consejo á nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero, y siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar D. Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas, porque la muger de D. Antonio, que era una señora principal, alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas, cenóse espléndi-

damente, y comenzóse el sarao casi á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas; y con ser muy honestas, eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de D. Quixote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desayrado, y sobre todo no nada ligero: requebrábanle como á hurto las damiselas; y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz, y dixo: *Fúgite partes adversæ.* Dexadme en mi sosiego, pensamientos mal venidos: allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reyna de los mios la sin par Dulcinea del Toboso no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan; y diciendo esto, se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo D. Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió de él fué Sancho, diciéndole: nora en tal, señor nuestro amo, lo habeis baylado; pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los Andantes Caballeros baylarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una

cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapatéo como un girifalte; pero en lo de danzar no doy puntada. Con estas y otras razones dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció á D. Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quixote en el bayle, que aquella propia noche se habian quedado con la muger de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza: contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díxoles que aquel era el primero dia donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada, y si no eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aun si D. Antonio no se lo hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demas cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza, y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo D. Antonio, y díxole en voz sumisa, pero no tanto, que de todos no fuese entendida: dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, qué pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió, sin mover los labios, con

voz clara y distinta, de modo, que fué de todos entendida, esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo qual todos quedaron atónitos, y mas viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no habia persona humana que responder pudiese. Quántos estamos aqui? tornó á preguntar Don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor paso: estais tú y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas de ella, y un caballero famoso llamado D. Quixote de la Mancha, y un su escudero, que Sancho Panza tiene por nombre: aqui si que fué el admirarse de nuevo; aqui si que fué el herizarse los cabellos á todos de puro espanto; y apartándose D. Antonio de la cabeza, dixo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza: Llegue otro, y pregúntele lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la muger de D. Antonio; y lo que le preguntó fué: díme, cabeza, qué haré yo para ser muy hermosa? Y fuéla respondido: sé muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dixo: querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien, ó no? Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo has de

ver. Apartóse la casada, diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle: quién soy yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas, si me conoces tú? Sí conozco, le respondieron, que eres D. Pedro Noriz. No quiero saber mas, pues esto basta para entender (ó cabeza!) que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo, y preguntóle: díme cabeza, qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dixo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegóse la muger de D. Antonio, y dixo: Yo no sé, cabeza, qué preguntarte, solo querria saber de ti, si gozaré muchos años de mi buen marido? Y respondiéronla: Sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quixote, y dixo: díme tú el que respondes: fué verdad, ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la Cueva de Montesinos? Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? Tendrá efecto el desencanto de

Dulcinea? A lo de la Cueva, respondieron, hay mucho que decir; de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio; el desencanto de Dulcinea llegará á debida execucion. No quiero saber mas, dixo D. Quixote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: por ventura, cabeza, tendré otro gobierno: saldré de la estrecheza de escudero: volveré á ver á mi muger y á mis hijos? A lo que le respondieron: gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu muger y á tus hijos; y dexando de servir, dexarás de ser escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho, esto yo me lo dixera, no dixera mas el profeta Perogrullo. Bestia, dixo D. Quixote, qué quieres que te respondan? No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho, pero quisiera yo que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas: pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de D. Antonio que el caso sabian. El qual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechicero y extraordinario misterio en la tal cabeza se encerraba; y asi dice, que D. Antonio Moreno, á imitacion de otra cabeza que

vió en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa, para entretenerse y suspender á los ignorantes, y la fábrica era de esta suerte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe; y el pie sobre que se sostenia era de lo mesmo, con quatro garras de águila que de él salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de Emperador Romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa, en que se encaxaba tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pie de la tabla era ansimesmo hueco, que respondia á la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia á responder á otro aposento que debaxo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, garganta y pechos de la medalla y figura referida se encaminaba un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abaxo correspondiente al de arriba, se ponia el que habia de responder, pegada la boca con el mismo cañon; de modo, que á modo de cerbatana iba la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba, en palabras articulares y claras, y de esta manera no era posible conocer el embuste. Un sobrino de D. Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el qual estando avisado de su señor tio, de los que habian de entrar con él en aquel dia, en el aposento de la cabeza, le fué fácil

responder con presteza y puntualidad á la primera pregunta; á las demas respondió por conjeturas y como discreto, discretamente. Y dice mas Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias duró esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad, que D. Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á quanto la preguntaban respondia, temiendo no llegase á los oidos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso á los señores Inquisidores, le mandaron que la deshiciese, y no pasase mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase; pero en la opinion de D. Quixote y de Sancho Panza, la cabeza quedó por encantada y por respondona, mas á satisfaccion de D. Quixote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad por complacer á D. Antonio, y por agasajar á D. Quixote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de alli á seis dias, que no tuvo efecto, por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quixote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los mochachos; y asi él y Sancho, con otros dos criados que Don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues, que yendo por una calle alzó los ojos D. Quixote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *aqui se imprimen libros*, de lo que se contentó mucho, porque

hasta entonces no habia visto imprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella; y finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Llegábase D. Quixote á un caxon, y preguntaba qué era aquello que alli se hacia? Dábanle cuenta los oficiales, admirábase y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, preguntóle qué era lo que hacia? El oficial le respondió: señor, este caballero que aqui está, (y enseñóle un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad) ha traducido un libro Toscano en nuestra lengua castellana, y estoyle yo componiendo para darle á la estampa. Qué título tiene el libro? preguntó D. Quixote. A lo que el autor respondió: señor, el libro en Toscano se llama, L'Bagatelle. Y qué responde L'Bagatelle en nuestro castellano? preguntó D. Quixote. L'Bagatelle, dixo el autor, es como si en castellano dixésemos los Juguetes; y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en sí cosas muy buenas y substanciales. Yo, dixo D. Quixote, sé algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto; pero dígame v. md. señor mio (y no digo esto porque quiero exâminar el ingenio de v. md., sino por curiosidad no mas) ha hallado en su escritura algu-

na vez nombrar *pignata*? Sí, muchas veces, respondió el autor. Y cómo le traduce v. md. en castellano? preguntó D. Quixote. Cómo la habia de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla. Cuerpo de tal, dixo D. Quixote, y que adelante está v. md. en el Toscano idioma! yo apostaré una buena puesta, que adonde diga en el Toscano *piace*, dice v. md. en el castellano place; y adonde diga *piu*, dice mas, y el *su*, declara con arriba, y el *giu* con abaxo. Si declaro por cierto, dixo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. Osaré yo jurar, dixo D. Quixote, que no es v. md. conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos: qué de habilidades hay perdidas por ahí, qué de ingenios arrinconados, qué de virtudes menospreciadas; pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reynas de las lenguas Griega y Latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son llenas de hilos que las obscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocucion, como no le arguye el que traslada ni el que cōpia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este exercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podria

ocupar el hombre, y que menos provecho le traxesen. Fuera de esta cuenta van los dos famosos traductores; el uno, el Doctor Christoval de Figueroa en su *Pastor Fido*; y el otro D. Juan de Xáuregui, *en su Aminta*, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, ó qual el original. Pero dígame v. md., este libro imprímese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio á algun librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados, por lo menos, con esta primera impresion, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. Bien está v. md. en la cuenta, respondió D. Quixote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros; yo le prometo que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco avieso y no nada picante. Pues qué, dixo el autor, quiere v. md. que se le dé á un librero que me dé por el privilegio tres maravedís, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin él no vale un quatrin la buena fama. Dios le dé á vmd. buena manderecha, respondió D. Quixote, y pasó adelante á otro

caxon, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulaba: *Luz del Alma*; y en viéndole dixo: estos tales libros, aunque hay muchos de este género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante y vió, que asimesmo estaban corrigiendo otro libro y preguntando su título, le respondieron, que se llamaba la *segunda parte del Ingenioso Hidalgo D. Quixote de la Mancha*, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. Ya yo tengo noticia de este libro, dixo D. Quixote, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San-Martin se le llegará como á cada puerco, que las historias fingidas tanto tienen de buenas y deleytables, quanto se llegan á la verdad ó la semejanza de ella; y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho á causa que en su vida las habia visto. Avisó D. Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso D. Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo y todos los vecinos de la ciu-

dad tenian noticia; y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras; y la nueva aventura de la hermosa morisca.

Grandes eran los discursos que D. Quixote hacia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno de ellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea: alli iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido, que esta mala aventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno, su huésped y sus dos amigos, con D. Quixote y Sancho, fueron á las galeras. El Quatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quixote y Sancho, apenas llegaron á la marina quando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso

los pies en él D. Quixote, disparó la Capitana el cañon de cruxía, y las otras galeras hicieron lo mesmo, y al subir D. Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludó como es usanza quando una persona principal entra en la galera diciendo: hu, hu, hu tres veces; dióle la mano el General, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano; abrazó á D. Quixote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor D. Quixote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la Andante Caballería. Con otras no menos corteses razones le respondió Don Quixote, alegre sobre manera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines; pasóse el cómitre en cruxía, y dió señal con el pito, que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros: quedó pasmado, y mas quando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban alli trabajando pero esto todo fueron tortas y pan pintado, para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol, junto al espalder de la mano derecha, el qual ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantán-

dole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco, con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó, que los mismos demonios le llevaban; y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, y jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. D. Quixote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al General, si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes exercicios; y que votaba á Dios, que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto, se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dexaron caer la entena de alto abaxo. Pensó Sancho que el cielo se desencaxaba de sus quicios, y venia á dar sobre su cabeza; y agoviándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quixote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habia amaynado; y todo esto callando como si

no tuvieran voz ni aliento: hizo señal el cómitre que zarpase el ferro; y saltando en mitad de la cruxía, con el corvacho ó rebenque comenzó á mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco á poco á la mar. Quando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados, que tales pensó él que eran los remos, dixo entre sí: estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. Qué han hecho estos desdichados que ansi los azotan; y cómo este hombre solo que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo, que este es infierno, ó por lo menos el purgatorio. D. Quixote que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dixo: ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y quán á poca costa os podíades vos, si quisiésedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria y pena de tantos no sintiérades vos mucho la vuestra, y mas que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote de estos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habiais de dar. Preguntar queria el General qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, quando dixo el marinero: señal hace Monjui de que hay baxel de remos en la costa, por la banda del Poniente. Esto oido, saltó el General en la cruxía y dixo:

ea hijos, no se nos vaya; algun bergantin de cosarios de Argel debe de ser este, que la atalaya nos señala. Llegáronse luego las otras tres galeras á la Capitana á saber lo que se les ordenaba. Mandó el General que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra á tierra, porque asi el baxel no se les escaparia. Apretó la chusma los remós, impeliendo las galeras con tanta furia que parecia que volaban. Las que salieron á la mar, á obra de dos millas descubrieron un baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y asi era la verdad; el qual baxel, quando descubrió las galeras, se puso en caza con intencion y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avínole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegaban: y asi le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y asi el Arraez quisiera que dexáran los remos y se entregáran, por no irritar á enojo al capitan que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la Capitana llegaba tan cerca, que podian los del baxel oir las voces que desde ella les decian, que se rindiesen, dos toraquis, que es como decir dos turcos borrachos que en el bergantin venian con otros doce, dispararon dos escopetas con que dieron muerte á dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual

juró el General de no dexar con vida á todos quantos en el baxel tomase; y llegando á embestir con toda furia, se le escapó por debaxo de la palamenta, pasó la galera adelante un buen trecho; los del baxel se vieron perdidos, hicieron vela en tanto que la galera volvia, y de nuevo á vela y remo se pusieron en caza; pero no les aprovechó su diligencia, tanto como les dañó su atrevimiento: porque alcanzándoles la Capitana á poco mas de media milla, les echó la palamenta encima, y los cogió vivos á todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa volvieron á la playa, donde infinita gente los estaba esperando, deseosos de ver lo que traían. Dió fondo el General cerca de tierra, y conoció que estaba en la marina el Virey de la ciudad; mandó echar el esquife para traerle, y mandó amaynar la entena para ahorcar luego luego al Arraez y á los demas turcos que en el baxel habia cogido, que serian hasta treinta y seis personas, todos gallardos y los mas escopeteros turcos. Preguntó el General, quién era el Arraez del bergatin? y fuéle respondido por uno de los cautivos en lengua castellana: (que despues pareció ser renegado español) este mancebo señor que aqui ves es nuestro Arraez, y mostróle uno de los mas bellos y gallardos mozos que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad al parecer, no llegaba á veinte años. Preguntóle el General:

díme, mal aconsejado perro, quién te movió á matarme mis soldados, pues veías ser imposible de escaparte? este respeto se guarda á las Capitanas? No sabes tú, que no es valentía la temeridad? Las esperanzas dudosas han de hacer á los hombres atrevidos; pero no temerarios. Responder queria el Arraez; pero no pudo el General por entonces oir la respuesta por acudir á recebir al Virey que ya entraba en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caza, señor General, dixo el Virey. Y tan buena, respondió el General, qual la verá V. Excelencia agora colgada de esta entena. Cómo ansi? replicó el Virey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, contra toda razon y usanza de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar á quantos he cautivado, principalmente á este mozo que es el Arraez del bergantin, y enseñóle al que ya tenia atadas las manos y echado el cordel á la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virey, y viéndole tan hermoso, tan gallardo y tan humilde, dándole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte; y asi le preguntó: díme, Arraez, eres turco de nacion, ó moro ó renegado? A lo qual el mozo respondió en lengua asimesmo castellana: ni soy turco de na-

cion, ni moro ni renegado. Pues qué eres? replicó el Virey. Muger christiana, respondió el mancebo. Muger christiana, en tal trage y en tales pasos, mas es cosa para admirarla que para creerla. Suspended, dixo el mozo ó señores, la execucion de mi muerte, que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza, en tanto que yo os cuento mi vida. Quién fuera el de corazon tan duro, que con estas razones no se ablandára, ó á lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El General le dixo, que dixese lo que quisiese; pero que no esperase alcanzar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia, el mozo comenzó á decir de esta manera: de aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, nací yo de moriscos padres engendrada en la corriente de su desventura: fuí yo por dos tios mios llevada á Berbería, sin que me aprovechase decir que era christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas: no me valió con los que tenian á cargo nuestro miserable destierro decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira y por invencion para quedarme en la tierra donde habia nacido; y asi por fuerza, mas que por grado, me truxeron consigo: tuve una madre christiana y un padre discreto y christiano, ni mas ni menos:

mamé la fé católica en la leche, criéme con buenas costumbres: ni en la lengua ni en ellas jamas, á mi parecer, dí señales de ser morisca. Al par y al paso de estas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero, llamado D. Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene: como me vió, como nos hablamos, como se vió perdido por mí, y como yo no muy ganada por él, sería largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza; y asi solo diré, como en nuestro destierro quiso acompañarme D. Gregorio: mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos tios mios que consigo me traían, porque mi padre prudente y prevenido, asi como oyó el primer bando de nuestro destierro, se salió del lugar y se fué á buscar alguno en los reynos extraños, que nos acogiese; dexó encerradas y enterradas en una parte de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro: mandóme que no tocase al tesoro que dexaba en ninguna manera, si acaso antes

que él volviese nos desterraban. Hícelo asi, y con mis tios (como tengo dicho) y otros parientes y allegados, pasamos á Berbería, y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traía? Díxele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados, pero que con facilidad se podian cobrar, si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dixe temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron á decir como venia conmigo uno de los mas gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar: luego entendí que lo decian por D. Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atras las mayores que encarecer se pueden. Turbéme considerando el peligro que D. Gregorio corria; porque entre aquellos bárbaros turcos en mas se tiene y estima un muchacho ó mancebo hermoso, que una muger, por bellísima que sea. Mandó luego el rey que se le truxesen alli delante para verle; y preguntóme si era verdad lo que de aquel mozo le decian: entonces yo, casi como prevenida del cielo le dixe que sí era; pero que le hacia saber que no era varon sino muger como yo, y que le suplicaba me la dexase ir á

vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Díxome que fuese en buena hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo volviese á España á sacar el escondido tesoro. Hablé con D. Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre, vestíle de mora, y aquella mesma tarde le truxe á la presencia del rey, el qual en viéndole, quedó admirado, y hizo designio de guardarla, para hacer presente de ella al Gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mugeres podia tener y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos, (que no puedo negar que le quiero) se dexe á la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nacion, que fueron los que mataron vuestros soldados: vino tambien conmigo este renegado español (señalando al que habia hablado primero) del qual sé yo bien que es christiano encubierto, y que viene con mas deseo de quedarse en España que de volver á Berbería: la demas chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de mas que de bogar al remo: los dos turcos codiciosos é in-

solentes, sin guardar el órden que traíamos, de que á mí y á este renegado en la primer parte de España, en hábito de christianos (de que venimos proveidos) nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa, si pudiesen; temiendo que si primero nos echaban en tierra por algun accidente que á los dos nos sucediese, podriamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar; y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen: anoche descubrimos esta playa; y sin tener noticia de estas quatro galeras, fuimos descubiertos y, nos ha sucedido lo que habeis visto. En resolucion, D. Gregorio queda en hábito de muger entre mugeres, con manifiesto peligro de perderse; y yo me veo atadas las manos esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida, que ya me cansa. Este, señor, es el fin de mi lamentable historia, tan verdadera, como desdichada; lo que os ruego es, que me dexeis morir como christiana, pues (como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caido; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El Virey, tierno y compasivo, sin hablarla palabra, se llegó á ella, y la quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto pues que la moris-

ca christiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera quando entró el Virey, y apenas dió fin á su plática la morisca, quando él se arrojó á sus pies, y abrazado de ellos, con interrumpidas palabras de mil sollozos y suspiros, la dixo: ó Ana Felix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia á buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma! A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alzó la cabeza (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su paseo) y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote que topó el dia que salió de su gobierno, y conformóse que aquella era su hija, la qual ya desatada abrazó á su padre, mezclando sus lágrimas con las suyas, el qual dixo al General y al Virey: esta, señores, es mi hija, mas desdichada en sus sucesos, que en su nombre. Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa, tanto por su hermosura, como por mi riqueza: yo salí de mi patria á buscar en Reynos extraños quien nos albergase y recogiese; y habiéndolo hallado en Alemania, volví en este hábito de peregrino en compañía de otros alemanes, á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dexé escondidas: no hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo, y agora por el extraño rodeo que habeis visto

he hallado el tesoro que mas me enriquece, que es á mi querida hija: si nuestra poca culpa, y sus lágrimas y las mias, por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas á la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamientos de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho: bien conozco á Ricote, y sé que es verdad lo que dice, en quanto á ser Ana Felix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intencion, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dixo: una por una vuestras lágrimas no me dexarán cumplir mi juramento: vivid, hermosa Ana Felix, los años de vida que ós tiene determinado el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron: y mandó luego ahorcar de la entena á los dos turcos que á sus dos soldados habian muerto; pero el Virey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues mas locura que valentía habia sido la suya. Hizo el General lo que el Virey le pedia, porque no se executan bien las venganzas á sangre helada. Procuraron luego dar traza de sacar á D. Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados que en perlas y en joyas tenia: diéronse muchos

medios, pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el qual se ofreció de volver á Argél en algun barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros christianos, porque él sabia dónde, cómo y quando podia y debia desembarcar, y asimismo no ignoraba la casa donde D. Gaspar quedaba. Dudaron el General y el Virey el fiarse del renegado, ni confiar del los christianos que habian de bogar el remo. Fióle Ana Felix, y Ricote su padre dixo, que salia á dar el rescate de los christianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virey, y D. Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el Virey que los regalase y acariciase quanto le fuese posible, que de su parte le offrecia todo lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV.

De la aventura que mas pesadumbre dió á D. Quixote de quantas hasta entonces le habian sucedido.

La muger de D. Antonio Moreno, cuenta la historia, que recibió grandísimo con-

tento de ver á Ana Felix en su casa: recibióla con mucho agrado, asi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca: y toda la gente de la ciudad, como á campana tañida, venian á verla. Dixo D. Quixote á D. Antonio, que el parecer que habian tomado en la libertad de D. Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berbería con sus armas y caballo, que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como habia hecho D. Gayferos á su esposa Melisendra. Advierta v. m. dixo Sancho, oyendo esto, que el señor D. Gayferos sacó á su esposa de tierra firme, y la llevó á Francia por tierra firme; pero aqui, si acaso sacamos á D. Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio. Para todo hay remedio, sino es para la muerte, respondió D. Quixote, pues llegando el barco á la marina, nos podremos embarcar en él, aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita v. m. dixo Sancho, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. D. Antonio dixo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaria el expediente de que el gran Don Quixote pasase en Berbería. De allí á dos dias

partió el renegado con un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentísima chusma; y de alli á otros dos se partieron las galeras á levante, y habiendo pedido el General al Visorey fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de D. Gregorio, y en el caso de Ana Felix. Quedó el Visorey de hacerlo asi como se lo pedia. Y una mañana saliendo D. Quixote á pasearse por la playa armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir ácia él un caballero armado asimismo de punta en blanco, que en el escudo traía pintada una luna resplandeciente; el qual, llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces, encaminando sus razones á D. Quixote: dixo: insigne, Caballero, y jamás como se debe alabado, D. Quixote de la Mancha, yo soy el Caballero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion más hermosa que tu Dulcinéa del Toboso; la qual verdad si tú la confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo he de tomar en dártela; y si tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion, sino que dexando

las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir, sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego; porque asi conviene al aumento de tu hacienda, y á la salvacion de tu alma: y si tú me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas: mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. D. Quixote quedó suspenso y atónito, asi de la arrogancia del Caballero de la blanca Luna, como de la causa porque le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: Caballero de la blanca Luna, cuyas hazañas hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo osaré jurar que jamas habeis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procuráràdes no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañara de que no ha habido ni puede haber belleza que con la suya comparar se pueda; y asi, no diciéndoos que mentís, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafio, y luego, porque no se pase el dia que traeis determinado, y solo exceto de las condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no

sé quáles ni qué tales sean, con las mias me contento, tales quales ellas son: tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mesmo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al Caballero de la blanca Luna, y díchoselo al Visorey, que estaba hablando con D. Quixote de la Mancha. El Visorey, creyendo sería alguna nueva aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo quando D. Quixote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el Visorey, que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles, qué era la causa que les movia á hacer tan de improviso batalla? El Caballero de la blanca Luna respondió, que era precedencia de hermosura; y en breves razones le dixo las mismas que habia dicho á D. Quixote, con la aceptacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegó el Visorey á D. Antonio, y preguntóle paso: si sabia quién era el tal Caballero de la blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quixote? D. Antonio le respondió, que ni sabia quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo

perplexo al Visorey en si les dexaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores Caballeros, si aqui no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor D. Quixote está en sus trece, y v. md. el de la blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios, y dense. Agradeció el de la blanca Luna con corteses y discretas razones al Visorey la licencia que se les daba, y D. Quixote hizo lo mesmo, el qual, encomendándose al cielo de todo corazon, y á su Dulcinea, (como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian) tornó á tomar otro poco mas del campo, porque vió que su contrario hacia lo mesmo; y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mesmo punto las riendas á sus caballos; y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegó á D. Quixote á dos tercios andados de la carrera, y alli le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dió con Rocinante y con D. Quixote por el suelo una peligrosa caida: fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dixo: vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesais las condiciones de nuestro desafio. D. Quixote molido y aturdido, sin alzarse la visera, co-

mo si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dixo el de la blanca Luna, viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quixote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el Visorey y D. Antonio, con otros muchos que alli estaban; y oyeron asimismo que D. Quixote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al Visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el Visorey á Don Antonio, que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron á Don Quixote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro mal parado, no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse ni qué hacerse; parecíale

que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento; veía á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año; imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecidas, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento, temia si quedaria ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedára. Finalmente, con una silla de manos que mandó traer el Visorey le llevaron á la ciudad; y el Visorey se volvió tambien á ella con deseo de saber quien fuese el Caballero de la blanca Luna, que de tan mal talante habia dexado á D. Quixote.

CAPÍTULO LXV.

Donde se da noticia quién era el Caballero de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos.

Siguió D. Antonio Moreno al Caballero de la blanca Luna, y siguiéronle tambien, y aun persiguiéronle muchos muchachos, hasta, que le cerraron en un meson dentro de la ciudad: entró en él D. Antonio con deseo de conocerle; salió un escudero á recibirle, y á desarmarle: encerróse en una sala baxa, y

con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo pues el de la blanca Luna, que aquel caballero no le dexaba, le dixo: bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quien soy, y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el Bachillér Sanson Carrasco, soy del mesmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella; y asi, habrá tres meses que le salí al camino como Caballero Andante, llamándome el Caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él, y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle (porque ya le juzgaba por vencido) era que se volviese á su lugar, y que no saliese de él en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y asi no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida,

que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle, y á vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la Andante Caballería, sin duda alguna guardará la que le he dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á Don Quixote quien soy; porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dexen las sandeces de la Caballería. Ó señor! dixo D. Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al mas gracioso loco que hay en él! No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quixote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor Bachillér no ha de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diria que nunca sane D. Quixote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza su escudero, que qualquiera de ellas puede volver á alegrar á la misma melancolía: con todo esto callaré, y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el

señor Carrasco; el qual respondió, que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que mas le mandase, se despidió de él: y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que entró en la batalla se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió á su patria, sin sucederle cosa que obligue á contarla en esta verdadera historia. Contó D. Antonio al Visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el Visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de D. Quixote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dixo: señor mio, alce v. md. la cabeza, y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad: volvámonos á nuestra casa, y dexémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos.

Y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdidoso, aunque es v. md. el mas mal parado. Yo que dexé con el gobierno los deseos de ser gobernador, no dexé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto, si v. md. dexa de ser rey, dexando el exercicio de su Caballería; y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no ha de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar reyno que gane, y algun condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir, que mas vale buena esperanza, que ruin posesion. En esto estaban quando entró Don Antonio diciendo, con muestras de grandísimo contento: albricias señor D. Quixote, que D. Gregorio y el renegado que fué por él, está en la playa: qué digo en la playa? ya está en casa del Visorey, y será aqui al momento. Alegróse algun tanto D. Quixote, y dixo: en verdad, que estoy por decir, que me holgara que hubiera sucedido todo al rebés, porque me obligara á pasar en Berbería, donde con la fuerza de mi brazo diera libertad no solo á D. Gregorio, sino á quantos christianos cautivos hay en Berbería: pero qué digo, miserable? no soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puedo tomar armas en un año?

Pues qué prometo? de qué me alabo, si antes me conviene usar de la rueca que de la espada? Déxese de eso, señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita, que hoy por ti, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros y porrazos, no hay tomarles tiento alguno; pues el que hoy cae, puede levantarse mañana, si no es que se quiera estar en la cama, quiero decir, que se dexe desmayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias; y levántese v. md. agora para recibir á D. Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya debe de estar en casa; y asi era la verdad, porque habiendo ya dado cuenta D. Gregorio y el renegado al Visorey de su ida y vuelta, deseóso D. Gregorio de ver á Ana Felix, vino con el renegado á casa de D. Antonio; y aunque D. Gregorio, quando le sacaron de Argél, fué con hábitos de muger, en el barco los trocó por los de un cautivo que salió consigo; pero en qualquiera que viniera, mostrara ser persona para ser codiciada, servida y estimada, porque era hermoso sobre manera, y la edad, al parecer de diez y siete ó diez y ocho años. Ricote y su hija salieron á recibirle, el padre con lágrimas, y la hija con honestidad. No se abrazaron unos á otros, porque donde hay mucho amor, no suele haber demasiada desenvoltura. Las dos bellezas juntas de D. Gregorio y Ana

Felix admiraron en particular á todos juntos los que presentes estaban. El silencio fué alli el que habló por los dos amantes; y los ojos fueron las lenguas que descubrieron sus alegres y honestos pensamientos. Contó el renegado la industria y medio que tuvo para sacar á D. Gregorio; contó D. Gregorio los peligros y aprietos en que se habia visto con las mugeres, con quien habia quedado, no con largo razonamiento, sino con breves palabras, donde mostró que su discrecion se adelantaba á sus años. Finalmente, Ricote pagó y satisfizo liberalmente, asi al renegado como á los que habian bogado al remo. Reincorporóse y redúxose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De alli á dos dias trató el Visorey con D. Antonio, qué modo tendrian para que Ana Felix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella hija tan christiana y padre, al parecer, tan bien intencionado. D. Antonio se ofreció venir á la Corte á negociarlo, donde habia de venir forzosamente á otros negocios, dando á entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban. No, dixo Ricote, que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas; porque con el gran D. Bernardino de

Velasco, Conde de Salazar, á quien dió su Magestad cargo de nuestra expulsion, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él ve que todo el cuerpo de nuestra nacion está contaminado y podrido, usa con él antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que modifica; y asi con prudencia con sagacidad, con diligencia y con medios que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros, á debida execucion el peso de esta gran máquina; sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fráudes hayan podido deslumbrar sus ojos de argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede ni encubra ninguno de los nuestros, que como raíz escondida, que con el tiempo venga despues á brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre la tenia: heroyca resolucion del gran Filipo Tercero, é inaudita prudencia en haberla encargado al tal D. Bernardino de Velasco! Una por una yo haré, puesto allá, las diligencias posibles, y haga el cielo lo que mas fuere servido, dixo D. Antonio: D. Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia. Ana Felix se quedará con mi muger en mi casa, ó en un monasterio;

y yo sé que el señor Visorey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver como yo negocio. El Visorey consintió en todo lo propuesto; pero D. Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dixo: que en ninguna manera podia ni queria dexar á Doña Ana Felix; pero teniendo intencion de ver á sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Felix con la muger de D. Antonio, y Ricote en casa del Visorey. Llegóse el dia de la partida de D. Antonio, y el de D. Quixote y Sancho, que fué de alli á otros dos, que la caida no le concedió que mas presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y sollozos al despedirse D. Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote á D. Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno sino solos cinco que le prestó D. Antonio, prometiendo la paga de ellos en la Corte. Con esto se partieron los dos, y D. Quixote y Sancho despues, como se ha dicho: D. Quixote desarmado y de camino, Sancho á pie, por ir el Rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer.

Al salir de Barcelona volvió D. Quixote á mirar el sitio donde habia caido y dixo: aqui fué Troya: aqui mi desdicha y no mi cobardía se llevó mis alcanzadas glorias: aqui usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas, aqui se escurecieron mis hazañas; aqui finalmente cayó mi ventura para jamas levantarse. Oyendo lo qual Sancho, dixo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegria en las prosperidades; y esto lo júzgo por mí mismo, que si quando era gobernador estaba alegre, ahora que soy escudero de á pie no estoy triste, porque he oido decir, que esta que llaman por ahí fortuna, es una muger borracha, antojadiza, y sobre todo ciega, y asi no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quixote, muy á lo discreto hablas, no sé quien te lo enseña; lo que te sé decir es, que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso sino por particular providencia de

los cielos, y de aqui viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura: yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria; y asi me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante; atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra; quando era Caballero Andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora quando soy escudero pedestre acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año de noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva para volver al nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pie, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dexemos estas armas colgadas de algun árbol, en lugar de un ahorcado; y ocupando yo las espaldas del Rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vmd. las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quixote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie de ellas ó al rededor de ellas grabaremos en los árboles lo que en el

trofeo de las armas de Roldan estaba escrito.

Nadie las mueva,
Que estar no pueda
Con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni él ni las armas replicó D. Quixote, quiero se ahorquen; porque no se diga que á buen servicio, mal galardon. Muy bien dice vmd. respondió Sancho; porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda; y pues de este suceso vmd. tiene la culpa, castíguese á sí mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen mas de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros quatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia á la entrada de un lugar hallaron á la puerta de un meson mucha gente, que por ser fiesta se estaba alli solazando. Quando llegaba á ellos D. Quixote, un labrador alzó la voz diciendo: alguno de estos dos señores que aqui vienen, que no conocen las partes, dirá lo que se ha de hacer en nuestra apuesta. Sí diré, por cierto respondió Don

Quixote con toda rectitud, si es que alcanzo á entenderla. Es pues el caso, dixo el labrador, señor bueno, que un vecino de este lugar tan gordo, que pesa once arrobas, desafió á correr á otro su vecino, que no pesa mas que cinco; fué la condicion que habian de correr una carrera de cien pasos con pesos iguales; y habiéndole preguntado al desafiador, cómo se habia de igualar el peso? dixo, que el desafiado que pesa cinco arrobas, se pusiese seis de hierro acuestas, y asi se igualarian las once arrobas del flaco con las once del gordo. Eso no, dixo á esta sazon Sancho, antes que D. Quixote respondiese, y á mí que ha pocos dias que salí de ser gobernador y juez, como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Responde en buena hora, dixo D. Quixote, Sancho amigo, que yo no estoy para dar migas á un gato, segun traigo alborotado y trastornado el juicio. Con esta licencia dixo Sancho á los labradores, que estaban muchos al rededor de él, la boca abierta, esperando la sentencia de la suya: hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino ni tiene sombra de justicia alguna, porque si es verdad lo que se dice, que el desafiado puede escoger las armas, no es bien que éste las escoja tales que le impidan ni estorben el salir vencedor. Y asi es mi parecer, que el gordo desafiador se escamonde, monde, entresaque, pula y atilde y saque seis arrobas de sus carnes de aqui ú de

alli de su cuerpo, como mejor le pareciere y estuviere; y de esta manera, quedando en cinco arrobas de peso, se igualará y ajustará con las cinco de su contrario, y asi podrán correr igualmente. Voto á tal, dixo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho, que este señor ha hablado como un bendito, sentenciado como un canónigo, pero á buen seguro que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seis arrobas. Lo mejor es que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muela con el peso, ni el gordo se descarne, y échese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos señores á la taberna de lo caro, y sobre mí la capa quando llueva. Yo señores, respondió D. Quixote, os lo agradezco; pero no puedo detenerme un punto, porque pensamientos y sucesos tristes me hacen parecer descortés, y caminar mas que de paso; y asi dando de las espuelas á Rocinante, pasó adelante dexándoles admirados de haber visto y notado, asi su extraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron á Sancho; y otro de los labradores dixo: si el criado es tan discreto, quál debe de ser el amo? Yo apostaré que si van á estudiar á Salamanca, que á un tris han de venir á ser Alcaldes de Corte: que todo es burla, sino estudiar y mas estudiar, y tener favor y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto; y otro dia, siguiendo su camino, vieron que ácia ellos venia un hombre de á pie con unas alforjas al cuello, y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el qual como llegó junto á D. Quixote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á mas, le dixo con muestras de mucha alegría: ó mi señor D. Quixote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el Duque quando sepa que vmd. vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la Duquesa. No os conozco, amigo, respondió D. Quixote, ni sé quien sois, si vos no me lo decís. Yo señor D. Quixote, respondió el correo, soy Tosilos, el lacayo del Duque mi señor, que no quise pelear con vmd. sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Válame Dios, dixo D. Quixote: es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos, transformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno ni mudanza de rostro ninguna; tan lacayo Tosilos entré en la estacada como Tosilos lacayo salí de ella; yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza, pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues asi como vmd. se partió de nues-

tro castillo, el Duque mi señor me hizo da
cien palos por haber contravenido á las orde
nanzas que me tenia dadas antes de entrar e
la batalla, y todo ha parado en que la mucha
cha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuel-
to á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á
llevar un pliego de cartas al Virey que le
envia mi amo. Si vmd. quiere un traguito,
aunque caliente, puro, aqui llevo una calabaza
llena de lo caro, con no sé quantas rajitas de
queso de tronchon, que servirán de llamativo
y despertador de la sed, si acaso está durmien-
do. Quiero el envite, dixo Sancho, y échese el
resto de la cortesía, y escancie el buen Tosilos
á despecho y pesar de quantos encantadores
hay en las Indias. En fin, dixo D. Quixote, tú
eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y
el mayor ignorante de la tierra, pues no te
persuades que este correo es encantado, y es-
te Tosilos contrahecho; quédate con él, y hár-
tate, que yo me iré adelante poco á poco es-
perándote á que vengas. Rióse el lacayo, des-
embaynó su calabaza, desalforjó sus rajas, y
sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron
sobre la yerba verde, y en buena paz y com-
paña despavilaron y dieron fondo con todo el
repuesto de las alforjas, con tan buenos alien-
tos, que lamieron el pliego de la cartas, solo
porque olia á queso. Dixo Tosilos á Sancho: sin
duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser
un loco. Cómo debe? respondió Sancho, no

debe nada á nadie que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura: bien lo veo, yo y bien se lo digo á él, pero qué aprovecha, y mas agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió, que era descortesía dexar que su amo le esperase, que otro dia si se encontrasen habria lugar para ello; y levantándose despues de haber sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al Rucio, y diciendo á Dios, dexó á Tosilos, y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPÍTULO LXVII.

De la resolucion que tomó D. Quixote de hacerse pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos, en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quixote antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del árbol estaba como se ha dicho, y alli como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos; unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho y

alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. Es posible, le dixo D. Quixote, que todavía pienses, ó Sancho, que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de la mientes haber visto á Dulcinea convertida y transformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el Bachiller Carrasco; obras todas de los encantadores que me persiguen; pero dime agora, preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia ó si ha dexado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales que me diesen lugar á preguntar boberías. Cuerpo de mí, señor, está vmd. ahora en términos de inquerir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira Sancho, dixo D. Quixote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento: bien puede ser que un caballero sea desamorado, pero no puede ser hablando en todo rigor, que sea desagradecido: quísome bien, al parecer Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida, maldíxome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones: yo no tuve esperanzas que darla, ni tesoros que ofrecerla, porque las mias las tengo

entregadas á Dulcinea; y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darla estos acuerdos que de ella tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remision que tienes en azotarte y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dixésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar, que en quantas historias vmd. ha leido, que tratan de la Andante Caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré quando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los cielos te den gracia para que caygas en la cuenta y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio. En estas pláticas iban siguiendo su camino, quando llegaron al mesmo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros: reconocióle D. Quixote, y dixo á Sancho: este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querian renovar é imitar á la pastoral Ar-

cadia: pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiésemos en pastores siquiera el tiempo que tengo de estar recogido: yo compraré algunas ovejas y todas las demas cosas que al pastoral exercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quixotiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios: daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sáuces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas lós extendidos prados, aliento el ayre claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la obscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado y aun esquinado tal género de vida, y mas que no la ha de haber aun bien visto el Bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho

muy bien, dixo D. Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio (como entrará sin duda) el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon; el Barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso: al Cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro; las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora quadra asi al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú Sancho pondras á la tuya el que quisieres. No pienso respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Teresa: y mas, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo por las casas agenas: el Cura no será bien que tenga pastora, por dar buen exemplo; y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. Válame Dios, dixo D. Quixote, y qué vida nos hemos de dar Sancho, amigo, qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaytas zamoranas, qué te tamborines, y qué de sonajas y qué de rabeles; pues qué si entre estas diferencias de música resuena la de los albogues, alli se verán casi todos los instrumentos pastorales. Qué son albogues,

preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida? Albogues son, respondió D. Quixote, unas chapas á modo de candeleros de azofar, que dando una con otra por lo vacío y hueco, hace un son, si no muy agradable ni harmónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gayta y del tamborin; y este nombre albogues es morisco, como lo son todos áquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al: conviene á saber, almohaza, almorzar, alhombra, alguacil, alucema, almacen, alcancía y otros semejantes, que deben ser pocos mas; y solo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en i, y son boceguí, zaquizamí y maravedí: alhelí y alfaquí tanto por el al primero como por el i, en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te hé dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasion de haber nombrado albogues; y hanos de ayudar mucho á poner en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto poeta como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el Bachiller Sanson Carrasco. Del Cura no digo nada, pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares de poeta; y que las tenga tambien maese Nicolas no dudo en ello, porque todos ó los mas son guitarristas y copleros; yo me quejaré de ausencia, tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdeñado; y el Cura Curiambro de lo que

él mas puede servirse; y asi andará la cosa que no haya mas que desear. A lo que respondió Sancho: yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea: ó qué polidas cucharas tengo de hacer quando pastor me vea, qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas, y qué de zarandajas pastoriles, que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexarán de grangearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato; pero guarda, que es de buen parecer, y hay pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana, y volviese trasquillada; y tambien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas, como por los reales palacios; y quitada la causa, se quita el pecado; y ojos que no ven, corazon que no quiebra; y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes, Sancho, dixo D. Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado, que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas á la mano en decirlos, pero paréceme que es predicar en desierto, y castígame mi madre, y yo trompogelas. Paréceme, respondió Sancho, que v. md. es como lo que dicen, dixo la sartén á la caldera, quítate allá ojinegra: estáme reprehendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos v.

md. de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quixote, yo traygo los refranes á propósito, y vienen, quando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antiguos sábios, y el refrán que no viene á propósito, antes es disparate que sentencia; pero dexémonos de esto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde, y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la Andante Caballería, usadas en las selvas y en los montes, sí bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, asi de D. Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y asi pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdosa aventura que le aconteció á D. Quixote.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los Antípodas, y dexa los montes negros, y los valles escuros. Cumplió D. Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo: bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que se mostraba su buena complexîon y pocos cuidados: los de D. Quixote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dixo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion; yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alguno: yo velo quando tú duermes, yo lloro quando tú cantas, yo me desmayo de ayuno quando tú estás perezoso y desalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad de esta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño;

levántate por tu vida, y desvíate algun trecho de aqui, y con buen ánimo y denuedo agradecido date trescientos ó quatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados: despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde agora principio al exercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música; v. md. me dexe dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida! ó escudero sin piedad! ó pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propinquas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento de ellas mas de quanto tarde en pasar este año, que yo *post tenebras spero lucem.* No entiendo eso, replicó Sancho, solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño,

capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor; y finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran; balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto: sola una cosa tiene mala el sueño; segun he oido decir, y es, que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te he oido hablar Sancho, dixo D. Quixote, tan elegantemente como agora, por donde vengo á conocer ser verdad el refran que tú algunas veces suele decir: no con quien naces, sino con quien paces. Ah, pesia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refranes, que tambien á v. md. se le caen de la boca de dos en dos, mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de v. md. vendrán á tiempo, y los mios á deshora, pero en efecto todos son refranes. En esto estaban quando sintieron un sordo estruendo, y un áspero ruido que por todos aquellos valles se extendia: levantóse en pie D. Quixote, y puso mano á la espada, y Sancho se agazapó debaxo del Rucio, poniéndose á los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado D. Quixote: de punto en punto iba creciendo el ruido, y llegándose cerca

á los dos temerosos (á lo menos al uno) que al otro ya se sabe su valentía. Es pues el caso, que llevaban unos hombres á vender á una feria mas de seiscientos puercos, con los quales caminaban á aquellas horas; y era tanto el ruido que llevaban, el gruñir y el bufar, que ensordecieron los oidos de D. Quixote y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia: llegó de tropel la extendida y gruñidora piara, y sin tener respeto á la autoridad de D. Quixote ni á la de Sancho, pasaron por cima de los dos, deshaciendo las trincheras de Sancho, y derribando no solo á D. Quixote, sino llevando por añadidura á Rocinante; el tropél, el gruñir y la presteza con que llegaron los animales inmundos, puso en confusion y por el suelo á la albarda, á las armas, al Rucio, á Rocinante, á Sancho y á D. Quixote: levantóse Sancho como mejor pudo, y pidió á su amo la espada, diciéndole, que queria matar media docena de aquellos señores y descomedidos puercos, que ya habia conocido que lo eran. D. Quixote le dixo: déxalos estar, amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado; y justo castigo del cielo es, que un Caballero Andante vencido le coman adivas, y le piquen abispas, y le hollen puercos. Tambien debe de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que á los escuderos de los caballeros vencidos los puncen moscas, los coman piojos, y les envista la hambre: si los escu-

deros fuéramos hijos de los caballeros á quien servimos, ó parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho que nos alcánzara la pena de sus culpas hasta la quarta generacion; pero qué tienen que ver los Panzas con los Quixotes? Ahora bien, tornémonos á acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quixote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aqui al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria. Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar á hacer coplas, no deben de ser muchos; v. md. coplee quanto quisiere, que yo dormiré quanto pudiere: y luego tomando en el suelo quanto quiso, se acurrucó y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. D. Quixote, arrimado á un tronco de una haya, ú de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus mesmos suspiros cantó de esta suerte:

Amor, quando yo pienso
  En el mal que me das terrible y fuerte,
  Voy corriendo á la muerte,
  Pensando asi acabar mi mal inmenso;

Mas en llegando al paso,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria siento,
Que la vida se esfuerza, y no le paso:
Asi el vivir me mata,
Que la muerte me torna á dar la vida:
O condicion no oida,
La que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso de estos acompañaba con muchos suspiros, y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento, y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho, despertó, y esperezóse, sacudiéndose, y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su repostería, y maldixo la piara, y aun mas adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que ácia ellos venian hasta diez hombres de á acaballo, y quatro ó cinco de á pie: sobresaltóse el corazon de D. Quixote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba, traía lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quixote á San-Sancho, y dixole: si yo pudiera, Sancho, exercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan

pintado, pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna rodearon á D. Quixote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte: uno de los de á pie, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pie, antecogiendo á Sancho y al Rucio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quixote, el qual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian? Pero apenas comenzaba á mover los labios, quando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, quando uno de los de á pie con un aguijon le punzaba, y al Rucio ni mas ni menos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y mas quando oyeron que de quando en quando les decian: caminad, trogloditas, callad, bárbaros, pagad, antropófagos, no os quejeis, scitas, ni abrais los ojos, polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos, con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: nosotros tortolitas? nosotros barberos ni estropajos? nosotros perritas, á quien dicen cita, cita? No

me contentan nada estos nombres; á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto, como al perro los palos, y oxalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quixote, embelesado, sin poder atinar con quantos discursos hacia, qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de lo quales sacaba en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quixote, que era el del Duque, donde habia poco que habian estado. Válame Dios! dixo asi como conoció la estancia, y qué será esto? sí, que en esta casa todo es cortesía y buen comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIX.

Del mas raro y mas nuevo suceso que en todo el discurso de esta grande historia avino á D. Quixote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y D. Quixote, los entraron en el patio, al rededor del qual ardian ca-

si cien hachas puestas en sus blandones; y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche (que se mostraba algo escura) no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca sobre mas de cien candeleros de plata, encima del qual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura hermosa á la misma muerte: tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma: á un lado del patio estaba puesto un teatro, y dos sillas, sentados dos personages, que por tener coronas en las cabezas, y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos, ó ya fingidos: al lado de este teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las quales los que truxeron los presos, sentaron á D. Quixote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con señales á los dos, que asimismo callasen; pero sin que se lo señalaran callaran ellos, porque la admiracion de lo que estaban miran-

do los tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro, con mucho acompañamiento dos principales personages, que luego fueron conocidos de D. Quixote ser el Duque y la Duquesa sus huéspedes, los quales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el Duque y la Duquesa en el teatro se levantaron D. Quixote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los Duques hicieron lo mesmo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho, le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego; y quitándole la caperuza, le puso en la cabeza una coroza al modo de las que sacan los penitenciados por el Santo Oficio, y díxole al oido, que no descosiese los labios, porque le echarian una mordaza, ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abaxo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos arditesː quitóse la coroza, vióla pintada de diablos: volviósela á poner, diciendo entre sí: aún bien, que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien D. Quixote; y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexó de reirse de ver la figura de

Sancho: comenzó en esto á salir, al parecer, debaxo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardaba silencio, asimesmo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí impovisa muestra junto á la almohada del al parecer cadaver un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una harpa que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias.

En tanto que en sí vuelve Altisidora,
  Muerta por la crueldad de D. Quixote,
  Y en tanto que en la corte encantadora
  Se vistieren las damas de picote,
  Y en tanto que á sus dueñas mi señora
  Vistiere de bayeta y de anascote,
  Cantaré su belleza y su desgracia
  Con mejor plectro que el cantor de Tracia.
Y aún no se me figura que me toca
  Aqueste oficio solamente en vida,
  Mas con la lengua muerta y fria en la boca
  Pienso mover la voz á ti debida:
  Libre mi alma de su estrecha roca,
  Por el Estigio lago conducida
  Celebrándote irá, y aquel sonido,
  Hará parar las aguas del olvido.

No mas, dixo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes; no mas, cantor divino,

que sería proceder en infinito representarnos, ahora la muerte y las gracias de la sin par Altisidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente; y asi, ó tú Radamanto, que conmigo juzgas en las cabernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado, acerca de volver en sí esta doncella, dílo, y declárralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, quando levantándose en pie Radamanto, dixo: ea, ministros de esta casa, altos y baxos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostros de Sancho con veinte y quatro mamonas, y doce pellizcos, á seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo qual Sancho Panza, rompió el silencio, y dixo: voto y tal, asi me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro. Cuerpo de mí qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion de esta doncella: Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante? Muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hánla de resucitar hacerme á mí veinte y quatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acar-

denalarme los brazos á pellizcos? Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus tus. Morirás, dixo en alta voz Radamanto; ablándate tigre, humíllate, Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades de este negocio: mamonado has de ser, acrevillado te has de ver, pellizcado has de gemir: ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento, si no, por la fé de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seis dueñas en procesion, unas tras otras, las quatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos mas largas (como ahora se usa.) No las hubo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: bien podré yo dexarme manosear de todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no: gateenme el rostro como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenaceenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores, pero que me toquen dueñas no lo consentiré, si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quixote, diciendo á Sancho: tén paciencia, hijo, y da gusto á estos señores y muchas gracias al cielo, por haber puesto tal virtud en tu persona, que con

el martirio de ella desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, quando él mas blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la qual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas, señora dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y asi se levantó de la silla, al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado; visto lo qual por los circunstantes, casi todos á una voz dixeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Asi como D. Quixote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: agora es tiempo hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á dar por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el

tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. Á lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre ojuelas; bueno sería que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos, viniesen ahora los azotes; no tienen mas que hacer sino tomar una gran piedra y atármela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no pesaria mucho, si es que para curar los males agenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déxenme, si no por Dios, que lo arroje y lo eche todo á trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, á quien acompañaron las flautas y lás voces de todos que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques, y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quixote y Sancho fueron á recebir á Altisidora, y á baxarla del túmulo; la qual haciendo de la desmayada, se inclinó á los Duques y á los reyes; y mirando de través á D. Quixote, le dixo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, á mi parecer, mas de mil años: y á ti ó el mas compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo; dispon desde hoy mas amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo me-

nos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la coroza en las manos y las rodillas en el suelo. Mandó el Duque que se la quitasen y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al Duque que le dexasen la ropa y mitra que las queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca vsito suceso. La Duquesa respondió que sí dexarian, que ya sabia él quán grande amiga suya era. Mandó el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen á sus estancias, y que á D. Quixote y á Sancho los llevasen á las que ellos ya se sabian.

CAPÍTULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excusadas para la claridad de esta historia.

Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mesmo aposento de D. Quixote: cosa que él quisiera excusarla, si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dexar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dexaban libre la lengua; y viniérale mas á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica es-

tancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, quando dixo: qué te parece Sancho del suceso de esta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desden con que yo siempre la he tratado. Muriérase ella en hora buena quando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dexárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré ni la desdeñé en mi vida; yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella mas antojadiza que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martirios de Sancho Panza. Agora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantos en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto suplico á vuesa merced me dexe dormir y no me pregunte mas si no quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quixote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor replicó Sancho llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean, y

torno á suplicar á vuesa merced me dexe dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea asi, dixo D. Quixote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso escribir y dar cuenta Cide Hamete, autor de esta grande historia, qué les movió á los Duques á levantar el edificio de la máquina referida, y dice, que no habiéndosele olvidado al Bachiller Sanson Carrasco, quando el caballero de los Espejos fué vencido y derribado por D. Quixote, cuyo vencimiento y caida borró y deshizo todos sus designios, quiso volver á probar la mano, esperando mejor suceso que el pasado: y asi informándose del page que llevó la carta y presente á Teresa Panza, muger de Sancho, adonde D. Quixote quedaba, buscó nuevas armas y caballo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevándolo todo sobre un macho, á quien guiaba un labrador, y no Tomé Cecial, su antiguo escudero, porque no fuese conocido de Sancho ni de D. Quixote. Llegó pues al castillo del Duque, que le informó el camino y derrota que D. Quixote llevaba, con intento de hallarse en las justas de Zaragoza; díxole asimismo las burlas que le habia hecho, con la traza del desencanto de Dulcinea, que habia de ser á costa de las posaderas de Sancho; en fin dió cuenta de la burla que Sancho habia hecho á su amo, dándole á entender que Dulcinea estaba en-

cantada y transformada en labradora, y como la Duquesa su muger habia dado á entender á Sancho, que él era el que se engañaba, porque verdaderamente estaba encantada Dulcinea, de que no poco se rió y admiró el Bachiller, considerando la agudeza y simplicidad de Sancho, como del extremo de la locura de D. Quixote. Pidióle el Duque que si le hallase y le venciese ó no, se volviese por alli á darle cuenta del suceso. Hízolo asi el Bachiller; partióse en su busca, no le halló en Zaragoza, pasó adelante y sucedióle lo que queda referido. Volvióse por el castillo del Duque y contóselo todo, con las condiciones de la batalla, y que ya D. Quixote volvia á cumplir como buen Caballero Andante la palabra de retirarse un año en su aldea, en el qual tiempo podia ser, dixo el Bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intencion que le habia movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como D. Quixote fuese loco. Con esto se despidió del Duque y se volvió á su lugar, esperando en él á D. Quixote, que tras él venia. De aqui tomó ocasion el Duque de hacerle aquella burla: tanto era lo que gustaba de las cosas de Sancho y de D. Quixote; y haciendo tomar los caminos cerca y léjos del castillo por todas las partes que imaginó que podria volver D. Quixote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por

fuerza ú de grado le truxesen al castillo si le hallasen. Halláronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, asi como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner á Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad á ellos habia poca diferencia. Y dice mas Cide Hamete, que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados; y que no estaban los Duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos: los quales, el uno durmiendo á sueño suelto, y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamas dieron gusto á Don Quixote. Altisidora (en la opinion de D. Quixote vuelta de muerte á vida) siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de D. Quixote, con cuya presencia turbado y confuso, se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera; y

despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dixo: quando las mugeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan: yo señor D. Quixote de la Mancha, soy una de estas, apretada, vencida y enamorada; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida: dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado (ó mas duro que mármol á mis quejas!) empedernido Caballero, he estado muerta, ó á lo menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martirios de este buen escudero, allá me quedára en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera; pero dígame, señora, asi el cielo le acomode con otro mas blando amante que mi amo; qué es lo que vió en el otro mundo? qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo pues no entré en el infierno, que si allá entrára, una por una no pudiera salir de él aunque quisiera: la verdad es que lle-

gué á la puerta donde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en xubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas, y con unas vueltas de lo mismo, que le servian de puños, con quatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego, y lo que mas me admiró fué que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer, llenos de viento y de borra: cosa maravillosa y nueva; pero esto no me admiró tanto como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, alli en aquel juego todos gruñian, todos se regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho; porque los diablos jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen. Asi debe de ser, respondió Altisidora; mas hay otra cosa que tambien me admira (quiero decir, me admiró entonces) y fué que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y asi menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla; á uno de ellos nuevo flamante y bien enquadernado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas y le esparcieron las hojas. Dixo un diablo á otro: mirad qué libro es ese. Y el diablo le respondió: esta es la segunda parte de la historia de D. Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide

Hamete su primer autor, sino por un aragones que él dice ser natural de Tordesillas. Quitadmele de ahí, respondió el otro diablo, y metedmele en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicó el primero, que si de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor no acertára. Prosiguieron su juego peloteando otros libros; y yo por haber oido nombrar á D. Quixote, á quien tanto adamo y quiero, procuré que se me quedase en la memoria esta vision. Vision debió de ser sin duda, dixo D. Quixote, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no pára en ninguna, porque todos la dan del pie: yo no me he alterado en oir que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta historia trata: si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto á la sepultura no será muy largo el camino. Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quixote, quando le dixo D. Quixote: muchas veces os he dicho señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios antes pueden ser agradecidos que remediados; yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los hubiera) me dedicaron para ella; y pensar que otra al-

guna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dixo: vive el Señor D. Bacallao, alma de almirez, cuesco de datil, mas terco y duro que villano rogado quando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos: pensais por ventura, D. vencido y D. molido á palos, que yo me he muerto por vos? todo lo que habeis visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger que por semejantes camellos habia de dexar que me doliese un negro de la uña quanto mas morirme. Eso creo yo muy bien, dixo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa; bien lo pueden ellos decir, pero hacer, créalo Judas. Estando en estas pláticas entró el músico, cantor poeta que habia cantado las dos ya referidas estancias, el qual haciendo una gran reverencia á D. Quixote, dixo: vuesa merced, señor Caballero, me cuente y tenga en el número de sus mayores servidores, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado, asi por su fama como por sus hazañas. D. Quixote le respondió: vuesa merced me diga quien es, porque mi cortesía responda á sus merecimientos. El mozo respondió, que el músico y panegírico de la

noche antes. Por cierto, replicó D. Quixote, que vuesa merced tiene extremada voz; pero lo que cantó no me parece que fué muy á propósito, porque qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de esta señora: no se maraville vuesa merced de eso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera D. Quixote, pero estorbáronlo el Duque y la Duquesa que entraron á verle, entre los quales pasaron una larga y dulce plática, en la qual dixo Sancho tantos donayres y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados á los Duques, asi con su simplicidad, como con su agudeza. D. Quixote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia; pues á los vencidos caballeros como él, mas les convenia habitar una zahurda, que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la Duquesa le pregnntó, si quedaba en su gracia Altisidora. El la respondió: señora mia, sepa V. Señoría, que todo el mal de esta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y continua: ella me ha dicho aqui que se usan randas en el infierno; pues ella las debe de saber hacer, no las dexe de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se me-

nearán en su imaginacion la imagen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad este mi parecer, y este es mi consejo. Y mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto, que las doncellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores; por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo de mi Teresa Panza, á quien quiero mas que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien Sancho, dixo la Duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué señora, respondió Altisidora, usar de ese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dixo el Duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores, se salió del aposento. Mándote yo, dixo Sancho, pobre doncella, mándote digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto y con un corazon de encina: á fé que

si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantára. Acabóse la plática, vistióse D. Quixote, comió con los Duques, y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI.

De lo que sucedió á D. Quixote con su escudero Sancho yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado D. Quixote pensativo ademas por una parte y muy alegre por otra: causaba su tristeza el vencimiento; y la alegria el considerar en la virtud de Sancho, como lo habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dixo á su amo: en verdad señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el qual hay fisicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él sino el boticario, y cátalo cantusado: y á mí que la salud agena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardíte; pues yo les vo-

to á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis, bobilis. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona; de mí te sé decir, que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena, pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira Sancho, el que quieres y azótate luego y págate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana; y dixo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vmd. en lo que desea, con provecho mio, que el amor de mis hijos y de mi muger me hace que me muestre interesado: dígame vmd. quánto me dará por cada azote que me diere? Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió D. Quixote, con-

forme lo que merece la grandeza y calidad de este remedio, el tesoro de Venecia, y las minas del Potosí fueran poco para pagarte; toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil trescientos y tantos: de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demas; entren entre los tantos estos cinco y vengamos á los tres mil y trescientos, que á quartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vmd. y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas::: y no digo mas. O Sancho bendito! O Sancho amable! respondió D. Quixote, y quán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida, si ella vuelve al ser perdido, que no es posible sino que vuelva, su desdicha habrá sido dicha; y mi vencimiento felicísimo triunfo! y mira Sancho, quando quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. Quándo? replicó Sancho: esta noche sin falta

procuré v. md. que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba mas de lo acostumbrado, bien asi como acontece á los enamorados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles, que poco desviados del camino estaban, donde dexando vacías la silla y albarda de Rocinante y el Rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el qual haciendo del cabestro y de la jáquima del Rucio un poderoso y flexîble azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quixote que le vió ir con denuedo y con brio, le dixo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, dá lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad de ella te falte el aliento; quiero decir, que no te dés tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres: favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece: al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la substancia de este mi-

lagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó D. Quixote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio de ella; y deteniéndose un poco, dixo á su amo, que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que á quartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dixo D. Quixote, que yo doblo la parada del precio. De ese modo, dixo Sancho, á la mano de Dios y lluevan azotes; pero el socarron dexó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia que con cada uno de ellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quixote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina; y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora; mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por agora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí, á dineros pagados, brazos quebrados; apártese v. md. otro poco, y déxeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas de estas

habremos cumplido con esta partida, y aún nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dixo D. Quixote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea, con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dixo: aqui morirá Sanson, y quantos con él son. Acudió D. Quixote luego al son de la lastimada voz, y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro, que le servia de corbacho á Sancho, le dixo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu muger y á tus hijos; espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propinqua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues v. md., señor mio, lo quiere asi, respondió, Sancho, sea en buen hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hízolo asi D. Quixote, y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el qual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de alli estaba; apeáronse en un meson,

que por tal le reconoció D. Quixote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos, y puente levadiza, que despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá: alojáronle en una sala baxa, á quien servian de guardameciles unas sargas viejas pintadas, como se usa en las aldeas: en una de ellas estaba pintado de malísima mano el robo de Elena, quando el atrevido huésped se la llevó á Menelao; y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reía á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual D. Quixote dixo: estas dos señoras fueron desdichadísimas por no haber nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya; pues si yo encontrara á aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con solo que yo matara á Páris, se excusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegon, venta, ni meson ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas, pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que

el que ha pintado á estas. Tienes razon, Sancho, dixo D. Quixote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que quando le preguntaban qué pintaba? respondia, lo que saliere; y si por ventura pintaba un gallo, escribia debaxo: *Este es gallo*, porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á la luz la historia de este nuevo Don Quixote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente á quanto le preguntaban; y preguntándole uno, qué queria decir *Deum de Deo*? respondió: dé donde diere. Pero dexando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debaxo de techado, ó á cielo abierto? Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa que en el campo, pero con todo eso querria que fuese entre árboles, que parece que me acompañán y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser asi, Sancho, amigo, respondió D. Quixote, sino que para que tomes fuerzas lo hemos de guardar para muestra aldea, que á lo mas tarde llegaremos allá despues de mañana. Sancho respondió, que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio á sangre

caliente, y quando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y á Dios rogando y con el mazo dando; y que mas valía un toma que dos te daré, y el páxaro en la mano que buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo D. Quixote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, y no á lo intricado como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me enmendaré, si pudiere; y con esto cesó por entonces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De como D. Quixote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson D. Quixote y Sancho; el uno, para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin de ella, en el qual consistia el de su deseo. Llegó en esto al meson un caminante á caballo, con tres ó quatro criados, uno de los quales dixo al que el señor de ellos parecia: aqui puede v. md., señor D. Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada pa-

rece limpia y fresca. Oyendo esto D. Quixote, le dixo á Sancho: mira, Sancho, quando yo ojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé alli este nombre de D. Alvaro Tarfe. Bien podrá ser, respondió Sancho; dexémosle apear, que despues se lo preguntaremos. El Caballero se apeó, y frontero del aposento de D. Quixote la huéspeda le dió una sala baxa enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de D. Quixote. Púsose el recien venido caballero á lo de verano; y saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el qual se paseaba D. Quixote, le preguntó: adónde bueno camina v. md., señor gentil-hombre? Y D. Quixote le respondió: á una aldea que está aqui cerca, de donde soy natural. Y v. md. dónde camina? Yo señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria. Y buena patria, replicó D. Quixote; pero dígame v. md. por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo mas de lo que buenamente podré decir. Mi nombre es D. Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó D. Quixote: sin duda alguna pienso que v. md. debe de ser aquel D. Alvaro Tarfe que anda impreso en la segunda parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, recien impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. El mismo soy, respondió el caballero; y el

tal D. Quixote, sugeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mio, y yo fuí el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví á que viniese á unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas del verdugo, por ser demasiadamente atrevido. Y dígame v. md., señor D. Álvaro, parezco yo en algo á ese tal D. Quixote que v. md. dice? No por cierto, respondió el huésped, en niguna manera. Y ese Don Quixote, dixo el nuestro, traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? Sí traía, respondió D. Álvaro; y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese. Eso creo yo muy bien, dixo á esta sazon Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que v. md. dice, señor gentil-hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente; que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo mas gracias que llovidas, y si no, haga v. m. la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reir á quantos me escuchan; y el verdadero D. Quixote de la Mancha, el famoso, el valiente, y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos de

amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo; todo qualquier otro D. Quixote, y qualquier otro Sancho Panza, es burlería y cosa de sueño. Por Dios que lo creo, respondió D. Álvaro; porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en quatro razones que habeis hablado, que el otro Sancho Panza en quantas yo le oí hablar que fueron muchas: mas tenia de comilon, que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á D. Quixote el bueno han querido perseguirme á mí con D. Quixote el malo; pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dexo metido en la casa del Nuncio en Toledo para que le curen, y ahora remanece aqui otro D. Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo D. Quixote, no sé si soy bueno, pero sé decir, que no soy el malo; para prueba de lo qual quiero que sepa v. md., mi señor D. Álvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese D. Quixote fantástico se habia hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y asi me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza

de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades; y en sitio y en belleza única; y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por haberla visto. Finalmente, señor D. Álvaro Tarfe, yo soy D. Quixote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre, y honrarse con mis pensamientos: á v. md. suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion ante el Alcalde de este lugar, de que v. md. no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el D. Quixote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que v. md. conoció. Eso haré yo de muy buena gana, respondió D. Álvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado. Sin duda dixo Sancho, que v. md. debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de v. md. en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que lo me los diera sin interés alguno. No entiendo eso de azotes, dixo D. Álvaro; y Sancho le respondió,

que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos D. Quixote y D. Álvaro; entró acaso el Alcalde del pueblo en el meson, con un escribano, ante el qual Alcalde pidió D. Quixote por una peticion de que á su derecho convenia, de que D. Álvaro Tarfe, aquel caballero que alli estaba presente, declarase ante su merced, como no conocia á D. Quixote de la Mancha, que asimismo estaba alli presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda parte de D. Quixote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas.* Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse, con lo que quedaron D. Quixote y Sancho muy alegres, comi si les importara mucho semejante declararacion, y no mostrára claro la diferencia de los dos D. Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras: muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre D. Álvaro y Don Quixote, en las quales mostró el gran Manchego su discrecion, de modo, que desengañó á D. Álvaro Tarfe del error en que estaba, el qual se dió á entender, que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios D. Quixotes. Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se

apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de D. Quixote, y el otro el que habia de llevar D. Alvaro. En este poco espacio le contó D. Quixote la desgracia de su vencimiento, el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á D. Alvaro, el qual abrazando á D. Quixote y á Sancho, siguió su camino, y D. Quixote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quixote un solo golpe de la cuenta, y halló, que con los de la noche pasada esan tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de D. Alvaro, y de quán bien acordado habia sido tomar su declaracion ante la Justica, y tan auténticamente. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué, que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba muger ninguna, que no iba á reconocer si era

Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su aldea, la qual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dixo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado, abre los brazos, y recibe tambien tu hijo D. Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede; dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba. Déxate de esas sandeces (dixo D. Quixote) y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII.

De los agüeros que tuvo D. Quixote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del qual, segun dice Cide Hamete, vió D. Quixote que en las heras del lugar estaban riñendo dos mochachos; y el

uno dixo al otro: no te canses Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quixote, y dixo á Sancho: no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho: no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, qué importa respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? Qué? respondió D. Quixote, no ves tú, que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas á Dulcinea? Queríale responder Sancho, quando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores: la qual temerosa se vino á recoger y á agazapar debaxo de los pies del Rucio: cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á D. Quixote, el qual estaba diciendo: *Malum signum, malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es v. md., dixo Sancho: prosupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores, que la transformaron en la labradora, ella huye, y yo la cojo, y la pongo en poder de v. m., que la tiene en sus brazos, y la regala; qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aqui? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre; y al uno de ellos preguntó Sancho, que por que reñian? Y fuéle respondido por el que habia dicho, no la

verás mas en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la qual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho quatro quartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quixote, diciendo: he aqui, señor, rompidos, y desvaratados estos agüeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al Cura de nuestro Pueblo, que no es de personas christianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun v. md. me lo dixo los dias pasados, dándome á entender, que eran tontos todos aquellos christianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapie en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela D. Quixote; pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al Cura y al Bachiller Carrasco, y es de saber, que Sancho Panza habia echado sobre el Rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del Duque la noche que volvió en sí Altisidora; acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la mas nueva transformacion y adorno con que se vió jamas jumento en el mundo: fueron luego conocidos

los dos del Cura y el Bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse D. Quixote, y abrazóles estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza mas galan que Mingo, y la bestia de D. Quixote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente, rodeados de mochachos, y acompañados del Cura y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de D. Quixote, y hallaron á la puerta de ella al ama y á su sobrina, á quien ya habia llegado las nuevas de su venida; ni mas ni menos se las habian dado á Teresa Panza, muger de Sancho, la qual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido; y viéndolo no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dixo: cómo venis asi, marido mio, que me parece que me venis á pie y despeado, y mas traeis semejanza de desgobernado, que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces, donde hay estacas, no hay tocinos: y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas: dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui ó por alli, que como quiera que los hayais ga-

nado, no habreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de Mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al Rucio, se fueron á su casa, dexando á D. Quixote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del Cura y del Bachiller. D. Quixote, sin guardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el Bachiller y el Cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la qual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien asi como Caballero Andante, obligado por la puntualidad y Orden de la Andante Caballería; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, exercitándose en el pastoral y virtuoso exercicio; y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios mas importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacia saber, que lo mas principal de aquel negocio estaba hecho, porque los tenia puestos los nombres, que los vendrian como de molde. Díxole el Cura, que los

dixese. Respondió D. Quixote, que él se habia de llamar el pastor Quixotiz, y el Bachiller el pastor Carrascon, y el Cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quixote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando, que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndosele por compañeros en su exercicio; y mas dixo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como mas viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que mas es menester, señores mios es, que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos árbol, por duro que sea, donde no lo retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió D. Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donayres; y finalmente, sugeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Asi es verdad, dixo el Cura; pero nosotros

buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos quadraren nos esquinen. A lo que añadió Sanson Carrasco: y quando faltáre darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amariles, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros y tenerlas por nuestras. Si mi dama, (ó por mejor decir mi pastora) por ventura se llamáre Ana, la celebraré debaxo del nombre de Anarda; y si Francisca, la llamaré yo Francenia; y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su muger Teresa Panza con nombre de Teresayna. Rióse D. Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con ésto se despidieron de él, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres, y asi como se fueron, se entraron entrambas con D. Quixote, y la sobrina le dixo: qué es esto señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vmd. volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo,

tú que vienes, pastorcito, tú que vas? pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: y podrá vmd. pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno, y el ahullido de los lobos? no por cierto, que este es exercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio, casi desde las fajas y mantillas: aun mal por mal, mejor es ser Caballero Andante que pastor. Mire señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, las respondió D. Quixote, que yo sé bien lo que me cumple; llevadme al lecho que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto que ahora sea Caballero Andante ó pastor por andar, no dexaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra; y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV.

De como D. Quixote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de D. Quixote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento quando él menos lo pensaba; porque ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que asi lo ordenaba, se le arraygó una calentura, que le tuvo seis dias en la cama, en los quales fué visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de nó ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el Bachiller, que se animase y levantase, para comenzar su pastoral exercicio, para el qual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para quantas Sannázaro habia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ga-

nado; el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar; pero no por esto dexaba D. Quixote sus tristezas: llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dixo, que por sí ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quixote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron asi su ama, su sobrina y su escudero, los quales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quixote que le dexasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo asi, y durmió de un tiron (como dicen) mas de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle mas concertadas que él solia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad; y preguntóle, qué es lo que vmd. dice, señor? tenemos algo de nuevo? qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quixote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios

conmigo, á quien, como dixe, no las impiden mis pecados; yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las Caballerías: ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me dexa tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma: yo me siento sobrina, á punto de muerte, querria hacerla de tal modo, que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala que dexase renombre de loco, que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llámame, amiga, á mis buenos amigos, al Cura, al Bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolas el Barbero, que quiero confesarme, y hacer mi testamento; pero de este trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió D. Quixote quando dixo: dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy D. Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, á quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage; ya me son odiosas todas las historias profanas de la Andante Caballería: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las

abomino. Quando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dixo: ahora, señor D. Quixote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale vmd. con esto? y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere vmd. hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déxese de cuentos. Los de hasta aqui, replicó D. Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déxense burlas aparte, y traiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma; y asi suplico, que en tanto que el señor Cura me confiesa, vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de D. Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo; porque á las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan christianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda, y á creer que estaba cuerdo; hizo salir la gente el Cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El Bachiller fué

por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza; el qual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en qué estado estaba su señor, hallando á la ama y á la sobrina llorosas) comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el Cura diciendo: verdaderamente se muere, y verdaderamente está cuerdo Alonso Quixano el Bueno; bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon á los ojos preñados de ama, sobrina y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho, porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que D. Quixote fué Alonso Quixano el Bueno á secas, y en tanto que fué D. Quixote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion, y de agradable trato; y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entró el escribano con los demas, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quixote con todas aquellas circunstancias christianas que se requieren, llegando á las mandas, dixo: Item, es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Panza (á quien en mi locura hice mi escudero) tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas y dares y tomares, quiero que no se le haga

cargo de ellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobráre alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reyno, se le diera; porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece; y volviéndose á Sancho, le dixo: perdóname, amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caido, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. Ay! respondió Sancho llorando, no se muera vmd., señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dexarse morir sin mas ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía: mire no sea perezoso, sino levántese de esa cama, y vámonos al campo, vestidos de pastores (como tenemos concertado), quizá tras de alguna mata hallaremos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: quanto mas que vmd. habrá visto en sus libros de Caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido

hoy, ser vencedor mañana. Asi es, dixo Sanson, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad de estos casos. Señores, dixo D. Quixote, vamonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño, no hay páxaros ogaño; yo fuí loco, y ya soy cuerdo: fuí D. Quixote de la Mancha, y soy agora (como he dicho) Alonso Quixano el Bueno; pueda con vs. mds. mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Item, mando toda mi hacienda, á puerta cerrada, á Antonia Quixana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo mas bien parado de ella lo que fuere menester para cumplir las mandas que dexo hechas, y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y mas veinte ducados para un vestido. Dexo por mis albaceas al señor Cura y al señor Bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes. Item, es mi voluntad, que si Antonia Quixana mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion, que no sabe qué cosa sean libros de Caballerías; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él, y se casare, pierda todo lo que la he mandado, lo qual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Item, suplico á los dichos seño-

res mis albaceas, que si la buena suerte les truxere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí, con el título de *Segunda Parte de las Hazañas de D. Quixote de la Mancha*, de mi parte le pidan, quán encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion, que sin yo pensarlo, le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto de esta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues de este donde hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo: andaba la casa alborotada, pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza, que esto del heredar algo, borra ó templa en el heredero la memoria de la pena que es razon que dexe el muerto. En fin llegó el último de D. Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos; y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de Caballerías, hallóse el escribano presente, y dixo: que nunca habia leido en ningun libro de Caballerías, que algun Caballero Andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan christiano como D. Quixote. El qual entre compasiones y lágrimas de los que alli se hallaron, dió su espíritu (quiero decir, que se

murió.) Viendo lo qual el Cura, pidió al escribano le diese por testimonio, como Alonso Quixano el Bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha, habia pasado de esta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia, para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar que todas lás villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí, por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Déxanse de poner aqui los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quixote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque Sanson Carrasco le puso este:

Yace aqui el hidalgo fuerte,
Que á tanto extremo llegó
De valiente, que se advierte,
Que la muerte no triunfó
De su vida con su muerte.
Tuvo á todo el mundo en poco,
Fué el espantajo y el coco
Del mundo en tal coyuntura,
Que acreditó su ventura,
Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dixo á su pluma; aqui quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alhambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, peñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte; pero antes que á ti lleguen, les puedes advertir y decirles, en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa, buen rey,
Para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quixote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para uno, á despecho y pesar del escritor fingido y Tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escribir con pluma de avestruz, grosera y mal deliñada, las hazañas de mi valeroso Caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás (si acaso llegas á conocerle) que dexe reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de D. Quixote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y sa-

lida nueva; que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo, tan á gusto y beneplácito de las gentes, á cuya noticia llegaron, asi en estos como en los extraños reynos; y con esto cumplirás con tu christiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Caballerías, que por las de mi verdadero D. Quixote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. VALE.

FIN.



